

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ESPECIAL
PARA TRISTES**

***Lou
Carrigan***



Cosas de los genes, que pueden llegar a gastar bromas bien extrañas.

O de los cromosomas y todo eso, vaya usted a saber.

El caso era que Cristopher Chieng tenía los ojos azules. Nada que oponer, nada que destacar, si no hubiera sido porque Cris Chieng tenía más bien cara de chino, y no es fácil imaginarse un chino con los ojos azules. Sí, los hay, pero pocos.

En el caso de Cris Chieng la cosa estaba justificada. Al fin y al cabo, su padre, un chinochino de pura cepa, se había casado con una norteamericana rubia y de ojos azules. Preciosa, naturalmente. Si Cris hubiera nacido rubio, con cara de chino y con los ojos negros la broma genética habría resultado excesiva. Pero, con cara de chino, cabello negro y lacio de chino, y los ojos azules, resultaba más bien chocante y atractivo. Insólitamente atractivo, porque, además, Cris Chieng había heredado la estatura de su madre yanqui, que había sido más alta que papá Chieng.



Lou Carrigan

Especial para tristes

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1750

ePub r1.0

Lds 09.03.19

Título original: *Especial para tristes*

Lou Carrigan, 1984

Cubierta: Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cosas de los genes, que pueden llegar a gastar bromas bien extrañas.

O de los cromosomas y todo eso, vaya usted a saber.

El caso era que Christopher Chieng tenía los ojos azules. Nada que oponer, nada que destacar, si no hubiera sido porque Cris Chieng tenía más bien cara de chino, y no es fácil imaginarse un chino con los ojos azules. Sí, los hay, pero pocos.

En el caso de Cris Chieng la cosa estaba justificada. Al fin y al cabo, su padre, un chinchino de pura cepa, se había casado con una norteamericana rubia y de ojos azules. Preciosa, naturalmente. Si Cris hubiera nacido rubio, con cara de chino y con los ojos negros la broma genética habría resultado excesiva. Pero, con cara de chino, cabello negro y lacio de chino, y los ojos azules, resultaba más bien chocante y atractivo. Insólitamente atractivo, porque, además, Cris Chieng había heredado la estatura de su madre yanqui, que había sido más alta que papá Chieng.

Resumiendo: Christopher Chieng, veintiocho años, metro ochenta de estatura, complexión atlética, cara de chino y ojos azules, era un tipazo de lo más exótico al que las mujeres se quedaban mirando con la boca abierta, totalmente fascinadas.

Con tales condiciones físicas, Cris podría haber sido actor, por ejemplo. O jugador de *baseball* o baloncesto, o algo así, algo en lo que destacase y que le permitiera estar en contacto continuado con el público, para ofrecer a las mujeres especialmente la oportunidad de extasiarse contemplándolo.

Pero... ¿qué era Cris Chieng, qué profesión tenía?

Era profesor de informática. O sea, un tipo más serio que una pared pintada de negro. Sabía de informática más que la

I. B. M.,

pero de momento se dedicaba a profesor, a fin de adquirir soltura y conocimientos humanos, porque, como bien decía el propio Chieng, si no trataba con la gente al final sólo sabría relacionarse con máquinas.

Y eso sí que no. Todo tiene un límite. Una cosa era haberse dedicado desde temprana edad a eso de las computadoras y similares y otra cosa era perder contacto con el género humano. Especialmente con el género femenino, que hasta ahí se podía llegar.

Hablaremos de esta faceta de Chieng más adelante. Sigamos ahora con sus actividades. ¿Qué otra actividad tenía el buen Chieng además de la docencia informática?

El buen Chieng era espía.

Un buen día, un anciano chino al que Chieng conocía hacía tiempo, y que siempre le había resultado simpático, porque era risueño, amable y servicial, le había dicho:

—Chieng, China te va a perdonar que tu madre sea americana.

—¿Qué? —se había desconcertado con toda lógica Cris.

—Era una broma —había sonreído el viejo chino—. Quería decirte que China está dispuesta a aceptar tus servicios.

—¿Qué servicios?

—Informador.

—¿Cosas de informática?

—No: de espionaje.

—¿Espionaje de informática?

—No: espionaje de espionaje.

Dicho esto, el viejo chino se había alejado, dejando a Cris ante su plato de sopa de abalone que acababa de servirle. Cris terminó plácidamente su sopa, pidió un chop-suey

de gambas, y de postre encargó lychees. Terminó tomando una taza de té y cuando fue a pagar a la caja que atendía la bella y simpática To Mai, ésta le dijo:

—Sé bien venido, Cris Chieng.

—¿Cuál es el chiste? Hace rato que llegué, y hace más de dos años que vengo a comer a este infecto restaurante chino edificado sobre las más pestilentes basuras del barrio chino de San Francisco.

De modo que... ¿cuál es el chiste?

—Te doy la bienvenida al espionaje.

—¿Al espionaje de comida china?

To Mai soltó una deliciosa carcajada cristalina y entonces Cris Chieng sonrió, se acercó más a ella y susurró:

—¿Nos veremos esta noche?

—Cris Chieng: ya hicimos el amor anoche.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Y lo hicimos mucho mucho mucho.

—Sólo se vive una vez. O en todo caso, lo seguro es que sólo se es joven una vez en cada vida. Y te diré una cosa: pretender hacer el amor mucho mucho mucho siendo mayor, no es inteligente, y creo que hasta no es posible. Y si no, pregúntaselo al viejo Hong.

—Está bien: te espero esta noche.

—Si ha de resultarte un sacrificio lo dejamos para otro día.

—No seas tonto. Sólo quería hacerme rogar un poco... Lo paso divinamente fornicando contigo.

—Fornicando —repitió Chieng la palabra, como tratando de identificarla—. Fornicando. Bueno, está bien, fornicaremos. Pero a decir verdad yo preferiría simplemente hacer el amor.

—¿Cuál es la diferencia?

—Entre otras, la palabra fornicar no me gusta. Si me apuras, prefiero simplemente decir joder que fornicar.

—Lo que tú quieras —rió de nuevo la encantadora china—, ¡pero no me falles esta noche!

—O sea, que estabas deseando que te lo propusiera.

—¡Claro!

Cris Chieng movió la cabeza, recogió el cambio, y se dirigió hacia la puerta del restaurante, seguido de las miradas de los demás comensales, la mayoría de los cuales le conocían ya, pese a lo cual todavía parecían seguir pensando algo así como ¡hay que ver, un chino con los ojos azules!

Chieng tenía un problema, en esto del amor y del sexo. Puesto que era mitad norteamericano y mitad chino (en cuanto a raza, que en cuanto a nacionalidad era norteamericano), muchas veces se había preguntado cuál iba a ser su decisión final respecto al matrimonio, es decir, si se casaría con una china o con una norteamericana rubia. Suponiendo que se casara, claro, que eso

tampoco era muy seguro, porque, vamos a ver: ¿para qué casarse si siempre había alguna To Mai que le invitaba a su lecho?

Porque vamos, es que él no ponía ni la cama. Le invitaban, llegaba allá, hacía el amor, y buenos días, dulce corazón. Lo mismo con chinas que con norteamericanas. Y no es que Chieng fuese un obseso, ni un lascivo, ni un lujurioso pecador, nada de eso. Lo normal. Lo que pasaba era que se lo ponían tan bien, y las chicas eran tan cariñosas y estaban tan buenas, que habría sido de memo negarse a complacerlas.

Pero sí, estaba en un dilema. Porque si se casaba con una china la cosa todavía tendría arreglo. Quizá los hijos nacieran con los ojos azules, pero no correrían el riesgo de tener el cabello rubio. En cambio, si se casaba con una chica blanca y de cabellos rubios podía ocurrir cualquier cosa, entre ellas que el hijo de Christopher Chieng fuese un chino de cara, menos el cabello y los ojos, que serían yanquis. Y si encima salía bajito, pues nada, a volverse loco para clasificarlo étnicamente.

Aunque la pregunta era: ¿por qué estar «clasificado»? ¿Por qué se ha de ser esto o aquello de un modo concreto? ¿No basta ser concretamente persona? Porque si uno fuese, por ejemplo, mitad persona y mitad grulla, la cosa estaría complicada, pero... ¿cuál es el problema si uno es mitad blanco y mitad amarillo? Que esto del color es otra, porque los chinos no son amarillos, o al menos no son amarillo limón, como dicen los graciosos. Que lo de graciosos también es un decir, porque...

—Hola, Cris Chieng —oyó éste.

Se hallaba a la sazón a punto de salir del restaurante, absorto de tal modo en sus fulgurantes pensamientos que ni se había dado cuenta de que allá estaba el padre de To Mai. De momento, Chieng se sobresaltó.

Acto seguido captó la apacible mirada del propietario del restaurante, y sonrió.

—Hola, Sao To. Hacía días que no te veía.

—Sé muy bien que compensas eso viendo a otros miembros de mi familia.

—Me gusta ser sociable.

—Lo sabemos. Por eso, finalmente, he recibido la autorización para concederte el honor de ingresar.

—¿En la familia?

—En el Lien Lo Pou.

—¿Qué es eso?

—El espionaje chino. Sé que lo sabes.

—De modo que hoy os habéis empeñado en tocar el tema del espionaje.

—Acompáñame, por favor. Te invito a té.

—Ya he tomado té.

—Entonces, a *whisky*.

—Eso está mejor.

Un minuto más tarde se hallaban ambos en una salita muy agradable y decorada y amueblada en una mezcla de estilos. Chieng la conocía muy bien, porque allí, en el sofá de aquella salita, había hecho el amor con To Mai en más de una ocasión.

Sao To le sirvió una buena dosis de buen *whisky*, se sirvió para sí mismo una medida menor, y tras señalar a Chieng el sofá él ocupó un sillón frente al exótico joven.

—Todo el mundo sabe —dijo— que se está iniciando un acercamiento entre China y los Estados Unidos de América. Sin embargo, dicho acercamiento será muy lento, y, en cualquier caso, siempre habrá pequeñas tensiones y conflictos que atender y analizar.

China dispone en Estados Unidos de muchos informadores de distintas categorías y niveles. Yo te estuve estudiando.

Cris, y pensé que podrías ingresar como colaborador. Te propuse, y finalmente has sido aceptado.

—¿Y eso qué significa? ¿Qué tengo que hacer?

—Pequeñas cosas que yo te iré indicando. Nada espectacular, nada que pueda herir tu sensibilidad, aunque quizá en ocasiones te sientas en más o menos peligro. Sé que eso no te asustaría. No sólo por tu carácter, que creo conocer muy bien, sino porque sabes manejar armas cortas y me consta que eres un experto en kung-fu.

—De modo que me has estado espionando —murmuró Chieng.

—Me he estado asegurando de que reunías las condiciones mínimas para servir a China.

—Yo soy norteamericano.

—¿Sí? —sonrió suavemente Sao To—. ¿Realmente te sientes

norteamericano?

Se quedaron mirándose fijamente. Por fin, Chieng movió la cabeza e inquirió:

—¿Qué tendría que hacer?

—En ningún momento se te exigiría nada que atente contra los Estados Unidos. Nosotros tenemos unos... baremos de ética y de sentimentalismo que nunca olvidamos. A decir verdad no pretendemos que espíes a los americanos, sino que trabajes en el espionaje chino para espiar aquí, en este país, las cosas que puedan afectar a China y que no provengan directamente de los Estados Unidos. ¿Me comprendes?

—No estoy seguro.

—Quiero decir que nunca se te pedirá que proporciones información o que algo que te haga sentir traidor a tu patria americana. Lo que queremos es que labores espionando personas no americanas que operen en Estados Unidos, especialmente en cosas que pudieran afectar a China.

—Ahora lo entiendo.

—¿Te parece bien?

—Francamente, tengo otros proyectos que ser espía.

—Nosotros sólo te utilizaremos en casos que estén a tu altura, no creas que vas a ser algo así como un... botones del espionaje. Serás utilizado cuando sea necesario un agente de tu capacidad, y nada más..., si bien se te exigirá que no vivas con descuido y que tengas mucho cuidado con quién hablas y qué dices. En realidad, salvo algunas cosas que te iré pidiendo que hagas, tu vida será normal, como hasta ahora.

—¿Alguna vez tendré que matar a alguien?

—Es posible que llegue ese momento, sí. Pero es algo muy remoto. El espionaje no es una sucesión de asesinatos o violencias, como mucha gente cree. Es algo mucho más sutil, y sobre todo, más inteligente. Nosotros queremos hombres de tu inteligencia..., pero quizá alguna vez te veas en la necesidad de matar, sí, no quiero mentirte. —No me gustaría tener que matar a nadie.

—Te comprendo. Y procuraremos que no te veas en esa disyuntiva.

—De todos modos, me pregunto si estoy obligado a aceptar espiar para el Lien Lo Pou sólo porque mi padre era chino.

—No, no estás obligado. Y sé que si no aceptas jamás hablarás de esto con nadie. Pero me gustaría que aceptases. Cris.

—¿Por qué?

—Bueno —sonrió el chino—, de cuando en cuando es agradable darle categoría al espionaje.

—¿Eso significa que me consideras una persona de categoría?

—Por supuesto. Y no es adulación.

—Déjame pensarlo.

—Claro —sonrió Sao To.

De esto hacía ya casi medio año. Ahora. Cristopher Chieng era un agente del Lien Lo Pou al que éste utilizaba poco, y siempre en pequeños trabajos de apariencia simple y de guante blanco. Cada vez que Cris Chieng había emprendido un trabajo lo había terminado bien. Ningún problema. Era, realmente, un hombre inteligente, un agente de guante blanco. En realidad, Chieng se divertía con aquellas pequeñas cosas, y en ocasiones había llegado a pensar que no hacía falta saber manejar una pistola ni ser un experto en

kung-fu

para moverse en el mundo del espionaje.

Todo era cerebral, todo tranquilo.

Todo iba bien.

Y así, hasta que un día Cristopher Chieng recibió el encargo de vigilar a un sujeto ruso cuyo nombre era Nastasi Ovorenko.

CAPÍTULO II

Procedente de Anchorage, en Alaska, la señorita Olivia Wilkins llegó al aeropuerto internacional de San Francisco hacia las cinco de la tarde de un hermoso día de primavera. Casi tan hermoso como la señorita Wilkins, que ya es decir. Alta, con un espléndido cuerpo delgado y de formas más que sugestivas, elegante, sonriente, bellísima, pelirroja, ojos verdes. Durante el vuelo Anchorage-San Francisco casi había habido tiros para departir con ella. Ahora, cuando caminaba por el vestíbulo del aeropuerto, los hombres con los que se cruzaba tropezaban y hacían el memo de mil maneras diferentes al verla.

Menos uno.

Había un sujeto que contemplaba a la señorita Wilkins de un modo más bien frío, especulativo. Un sujeto de más de metro ochenta, atlético, de ojos oscuros y cabellos castaños, rostro sólido y mirada imperturbable.

La señorita Wilkins, ajena (o al menos así lo parecía) a la expectación que ocasionaba a su paso, seguía recorriendo el vestíbulo hacia la salida, acompañada del mozo que se había hecho cargo de sus dos maletas. Ella, por su parte, llevaba personalmente un voluminoso maletín de viaje, que sujetaba con finos dedos de uñas pintadas de rosa.

Era un bombón delicioso. Un bombón de largas piernas, senos bien desarrollados pero sin exageración, y un rostro bello, de altos pómulos, casi exótico. Su boca, apenas alargada, mostraba un gracioso gesto al alzarse un poco el labio superior. En la voluntariosa barbilla un hoyuelo vertical ponía una nota personal de gracia y belleza. En cualquier caso, cabía suponer que no era eso lo que impulsaba al sujeto de la mirada fría a acercarse a la señorita

Wilkins. Incluso su voz resultó un tanto seca cuando, tras alcanzarla cerca de la salida, preguntó:

—¿Es usted la señorita Wilkins?

Ella volvió la cabeza, le miró escrutadoramente un instante y en seguida sonrió.

—Así es.

—¿Olivia Wilkins?

—Sí, sí.

—Me llamo Harry. El señor Bowen me envía para recogerla y llevarla a casa.

—Ah... Es muy amable por parte del señor Bowen. Y también por parte de usted, naturalmente. Iba a tomar un taxi.

—No es necesario —masculló el llamado Harry.

Pagó los inconclusos servicios del mozo del aeropuerto, se hizo cargo del equipaje, y señaló con la barbilla hacia el exterior. La señorita Wilkins volvió a sonreír de aquel modo tan encantador.

—Lamento ocasionarle molestias, Harry —dijo.

Éste le dirigió una mirada entre sorprendida e irritada.

—No es ninguna molestia —gruñó—. Hablas muy bien el inglés. Creo que mejor que cualquiera de nosotros. ¿Vienes para quedarte?

—Tal vez.

—¿Has tenido algún problema?

—No.

—Bien.

—No tan bien —dijo la pelirroja—: me parece que tú si tienes problemas.

—¿Yo? Claro que no.

—Quizá me esté equivocando —aceptó plácidamente Olivia Wilkins.

El sujeto se detuvo, dejó las maletas como quien decide descansar unos segundos, y masculló:

—¿De qué estás hablando?

—¿Tienen que ver algo los chinos con todo esto?

La mirada del hombre era algo fría, tensa. Había en su boca un gesto de dureza, y en toda su expresión una nota de desconfianza.

—¿Por qué se te ha ocurrido mencionar a los chinos? —preguntó.

—Porque hay uno que no te pierde de vista. Aunque no lo sé,

quizá no sea chino... Sí, sí, tiene que ser chino. Ah, ya: un mestizo chino. O un mestizo blanco, no sé —soltó una risita de lo más simpático—: tiene los ojos azules, si la distancia no me engaña.

—Ya. Un chino con los ojos azules.

—Sí. ¿No lo has visto?

—No.

—Pues yo diría que te estaba vigilando a ti, ya que a mí no podía vigilarme. Es un hombre... hermoso. Y muy inteligente. Lo de hermoso lo veo; lo de inteligente lo adivino.

—Y tú te estás pasando de lista.

Olivia Wilkins sonrió una vez más, e incluso su mirada pareció conservar la amabilidad, la risa. Pero Harry comprendió que ella le estaba valorando, y nada amablemente, por cierto, pues en el fondo de los verdes ojos vio el desdén. Ella le desdeñaba claramente, y era porque él no se había dado cuenta de que un chino de ojos azules le estaba vigilando. Un chino de ojos azules, maldita sea... ¿Cómo era posible que él no hubiese reparado en un chino de ojos azules que, además, le estaba vigilando?

—Está bien —masculló—. ¿Dónde está el chino?

—Ahora simula leer una revista. Es encantadoramente ingenuo, en mi opinión, pero no lo hace mal del todo. Es joven, y lleva muy poco tiempo en la profesión.

—¿Dónde está? —insistió Harry.

—Lo tenemos a unos treinta pasos, cerca del puesto de revistas donde sin duda ha comprado la que está leyendo ahora. O simulando leer. Puedes volverte a mirarlo si quieres: no se dará cuenta ahora.

Harry se volvió, despacio, con naturalidad, como al descuido. Vio al chino. Metro ochenta, rostro hermoso y viril, cabellos negros, lacios. Era un chino formidable, simplemente. No podía verle los ojos, pues tenía inclinada la cabeza sobre la revista, y los párpados bajos.

—¿Estás segura de que me está vigilando a mí?

Olivia Wilkins tal vez quiso sonreír amablemente, pero persistió en el fondo de sus ojos el desdén. Harry apretó los labios para no soltar una palabrota. Movi6 la cabeza hacia el exterior.

—Cuando pasemos por tu lado, agarra las maletas y síguenos. ¿Comprendes?

—Haré un esfuerzo.

De nuevo apretó los labios Harry. Se alejó de Olivia y sus maletas, en dirección al puesto de revistas, donde adquirió un periódico. Dobló éste, se lo colocó ante el pecho, y lo utilizó expertamente para sacar la pistola de la funda axilar. La pistola quedó empuñada con la diestra, y ésta oculta por el periódico.

Harry se situó a la izquierda y detrás del chino, y dijo:

—Camine hacia la puerta. Sin volverse. Si me cabrea le meto tres balas en el corazón, es así de simple.

El chino cerró la revista calmadamente, y volvió la cabeza levemente hacia Harry. Éste, atónito, vio los ojos azules fijos en él. Maldita fuese su estampa, ¡un chino con los ojos azules y él sin darse cuenta de nada! Sin decir una palabra, tras mirarle, el chino se dirigió con toda naturalidad hacia la salida cerca de la cual estaba Olivia Wilkins. Pasó junto a ella sin dirigirle siquiera una mirada, y salió.

Tras él, Harry dijo:

—Vamos al estacionamiento. Le iré dirigiendo. Y se lo repito: si me inquieta, lo mato.

El chino de los ojos azules asintió, y continuó caminando. Harry se fue tras él, asegurándose de que, ahora cargada en exceso, Olivia Wilkins los seguía a ambos.

«Que se joda la tía lista», pensó Harry.

Llegaron en menos de dos minutos al estacionamiento donde había dejado su coche Harry. Llegó tras ellos Olivia, y Harry le entregó las llaves del coche. Olivia abrió el maletero, depositó allá su equipaje, excepto el bolso de mano, y abrió las puertas del coche. Harry y el chino se acomodaron en el asiento de atrás, y ella, tras cerrar el maletero, pasó al asiento ante el volante. Entonces se volvió a mirar al chino.

—¿Has mirado si va armado? —preguntó.

—No voy armado —dijo el chino.

—Cierre la boca —gruñó Harry—. Y no se mueva.

Sin dejar de apuntarle le quitó la billetera al chino, y la tendió a Olivia. Ésta la abrió, la examinó, y dijo:

—Se llama Cristopher Chieng, y es norteamericano, nacido en San Francisco. Según pone aquí, es técnico en informática.

—Soy profesor de informática —dijo Chieng.

—No tengo ganas de escuchar cuentos de abuelitas —gruñó Harry—. ¿Me estabas vigilando?

—Desde luego que no. No sé quién es usted, ni entiendo nada de todo esto.

—Pues para no entender nada de todo esto —dijo sonriente Olivia—, se está comportando usted de un modo muy... consecuente y razonable, señor Chieng. —¿Y qué quería que hiciera si alguien me advierte que si le cabreo me va a meter tres balas en el corazón?

—Podría haber sido una broma.

—Ya.

—¿Realmente es usted profesor de informática?

—Realmente.

—Y además trabaja usted para el Lien Lo Pou, claro.

—No.

—¿Para la CIA entonces? —Casi rió Olivia Wilkins.

—No. Vamos, no diga disparates, señorita.

—Usted estaba vigilando a Harry, señor Chieng. Y si no quiere que las cosas se le compliquen mucho será mejor que lo admita y nos diga por encargo de quién lo hacía y con qué objeto.

—Ustedes son un par de chiflados —gruñó Chieng.

—Ve hacia el extremo de la zona de estacionamiento —dijo Harry hablando ahora en ruso—. Lo voy a matar, y lo dejaremos allá debajo de un coche. Si alguien más...

Harry soltó un fuerte respingo, pero ya no tuvo tiempo de nada más. Mientras hablaba había descubierto la pistola completamente para alzarla y poder apuntar con comodidad al corazón de Chieng, que estaba a su derecha. Tampoco de esto tuvo tiempo, pues la mano izquierda de Chieng, desplazándose suave pero velozmente, le apartó la mano armada hacia arriba, mientras la derecha, de modo fulgurante, se movía hacia la sien izquierda de Harry, colocada de modo que se juntaban las yemas de los cinco dedos.

El picotazo de las puntas de los cinco dedos pareció suave, pero Harry terminó el respingo con una sonoridad de ronquido, puso los ojos en blanco y se desplomó, pareció derretirse súbitamente. En un instante, pasó de la vida a la muerte. Y en ese mismo instante, su pistola pasó de su mano a la de Christopher Chieng, que apuntó con ella a Olivia Wilkins. Todo a tal velocidad que la señorita Wilkins,

al parecer, ni siquiera había podido comprender lo que había ocurrido.

—No se mueva —ordenó Chieng.

Ella parpadeó. Luego, sonrió. Seguía sentada ante el volante y vuelta hacia el atractivo chino de los ojos azules.

—No me moveré —aceptó la orden.

—Y será mejor que ponga las manos sobre el respaldo del asiento.

—No puedo hacer eso sin romperme la espalda y la cintura, señor Chieng. Podré hacerlo si me permite moverme para acomodarme un poco mejor.

—Muévase y acomódese, pero Colóquese de modo que yo vea sus manos.

—Muchas gracias.

La señorita Wilkins se colocó como mejor pudo para no romperse la espalda y para complacer a Chieng al mismo tiempo. Éste la miró dubitativo, y finalmente preguntó:

—¿Lleva armas?

—No. Encima, no.

—¿Dónde las lleva?

—En mi equipaje.

—Eso no puede ser Si acaba de llegar en avión no puede llevar armas en su equipaje.

Habrían sido detectadas, y usted habría sido detenida.

—Entonces no llevo armas —sonrió Olivia.

—Usted es rusa, no americana.

—¿De dónde ha sacado eso?

—El es ruso —señaló Chieng con un gesto de cabeza a Harry—. Luego usted es rusa. Además, les he oído a los dos hablando en ruso.

—De modo que entiende usted el ruso. ¿Es por eso que le seleccionaron para vigilar a Harry?

—No se llama Harry. Su nombre es Iván Koriev. ¿Y el de usted?

—Olivia Wilkins. Oh... ¿Quiere decir el ruso, mi nombre ruso?

—Desde luego.

—Marina Noborov.

—¿Es usted de la pandilla de Koriev y Ovorenko?

—Poco a poco, amiguito —frunció el ceño la hasta entonces

simpática Olivia—. La MVD no es ninguna pandilla, sino el servicio de...

—No me venga con fantasías. Ninguno de ustedes tiene nada que ver con el Ministerio de Asuntos Exteriores rusos. Ni siquiera con la KGB. No tienen la suficiente categoría.

—¿Y usted sí la tiene para ser del Lien Lo Pou?

—Es más que probable. ¿De dónde ha llegado usted?

—De Alaska.

—¿Viene a reunirse con esta pandilla?

Marina Noborov, u Olivia Wilkins, apretó los labios, y no dijo nada más. Evidentemente no le gustaba que la incluyeran en ninguna «pandilla». Cris Chieng titubeó de nuevo, y de pronto pareció recordar algo, se inclinó hacia adelante, y agarró el bolso de viaje de la hermosa pelirroja. Entonces se fijó en el radioteléfono del coche, y frunció el ceño.

—¿Habla usted chino? —preguntó.

—Me gustaría, pero no. De cuando en cuando dedico unos días a estudiarlo, pero siempre surge algo que me impide dedicarme con la intensidad que sería conveniente. Usted sí lo habla, claro. ¿Lo aprendió de su madre?

—De mi padre.

—De modo que el chino era su padre, que se casó con una chica americana de ojos azules.

—Es usted muy lista. Vuélvase.

—Escuche, señor Chieng, no me gusta recibir golpes de pistola en la cabeza. Le prometo no intentar nada mientras usted utiliza el teléfono del coche. Por favor. Hágase cuenta de que estoy sin sentido. Palabra de honor.

Cris Chieng titubeó visiblemente. Optó por regresar al asiento de atrás sentándose normalmente. Miró un instante a Harry, y acto seguido le puso dos dedos de la mano izquierda en un lado del cuello. Masculló algo en ruso al cerciorarse de que estaba muerto. Marina Noborov le contemplaba con curiosidad, más aún con gran interés.

—¿Le disgusta haber matado a Harry? —murmuró.

—Vamos a marcharnos de aquí —eludió la respuesta Chieng—. Conduzca en busca de algún sitio solitario. ¿Conoce San Francisco?

—He estado varias veces aquí. ¿Qué piensa usted hacer?

—Buscar un sitio adecuado para tenerla a usted a raya y poder telefonar con tranquilidad. Conduzca. Y no me provoque, Noborov.

Ella asintió, se puso bien en el asiento, y dio el encendido.

—Será mejor que guarde la pistola —dijo—. Si alguien la ve nos complicará la vida a los dos.

—Ocúpese de conducir y deje de dárselas de lista. O bien, si tiene ganas de hablar, dígame qué ha venido a hacer a San Francisco con esta clase de chusma. Y no me venga con el cuento de la MVD o la KGB: ni Koriev ni los demás pertenecen al servicio secreto ruso de ninguna manera. Es imposible. No me muero de amor por los rusos, pero sé distinguir a unos de otros.

—Yo también sé distinguir a unos chinos de otros.

—Soy norteamericano.

—¿De la CIA entonces? —insistió Marina Noborov.

—Soy tan de la CIA como usted es de la MVD.

—Yo soy de la MVD.

—Si seguimos así no nos entenderemos de ninguna manera.

—Esto es chocante —movió la cabeza Marina Noborov—: estoy admitiendo ser una espía rusa y usted se niega a admitirlo. ¿No le parece que las cosas tendrían que estar sucediendo al revés?: usted tendría que estar intentando hacerme confesar que yo soy de la MVD, y yo tendría que estar negándolo.

—Es usted muy elocuente.

—¿Acaso le parece absurdo lo que digo?

—No. Pero no puedo creer que usted sea de la MVD. Y si lo es me gustaría saber qué clase de relaciones puede tener usted o la MVD con gente como Ovorenko, Koriev y compañía. ¿Puede darme alguna explicación al respecto?

—Le voy a dar una explicación que le convencerá de que tanto yo como Ovorenko y lo demás que usted conoce somos de la MVD —murmuró Marina Noborov—: yo he venido desde Moscú, vía Siberia y Alaska, a traerles unos cuantos pasaportes rusos. Y me envía la MVD. Usted puede creerlo o no, pero le estoy diciendo la verdad. Y se la digo porque naturalmente no creo que usted deje de registrar mis maletas cuando lleguemos a un lugar en el que se considere seguro.

—¿Cómo ha podido pasar esos papeles rusos desde Siberia a Alaska?

—En el doble fondo de una maleta —rió Marina Noborov—. Es que los pasaportes son sólo papel, y no emiten señal alguna que pueda ser captada por aparatos de rastreo, ¿sabe?

—No se distraiga —señaló Chieng hacia delante—. Busquemos un sitio adecuado, y pronto sabremos si está usted mintiendo o no.

CAPÍTULO III

Marina Noborov no estaba mintiendo. En realidad no había mentido en nada, y Christopher Chieng se convenció de ello cuando, al alzar la mirada de los pasaportes, se encontró con la boca de la pequeña pistola situada a poca distancia de su frente.

—Ya le dije que iba armada —sonrió Marina.

Chieng apretó los labios, y no dijo nada. Estaban cerca del coche, que Marina había detenido fuera de la carretera, entre un escaso grupo de pinos de dudoso verdor. Había un tráfico relativamente abundante en esa carretera, pero nadie sentiría el menor interés por un automóvil que supondrían ocupado por una pareja de enamorados.

En cuanto llegaron al lugar Marina Noborov se había apresurado a mostrar sus verdades a Cris Chieng. Habían sacado las maletas, ella había abierto una y había mostrado la tapa del magistralmente preparado doble fondo, donde, en efecto, alrededor de un centenar de pasaportes rusos, colocados de dos en fondo, causaron no poco interés en el chinoamericano. Y ahora, por una culpa de su concentración en los pasaportes, se encontraba en dificultades.

O quizá pensó que no demasiadas, porque su mirada fue un instante, de reojo, hacia donde había dejado la pistola unos segundos antes, sobre la otra maleta. Mas, como si adivinase sus pensamientos, Marina Noborov dijo, sin perder la amabilidad:

—Aléjese un poco, por favor. No quisiera tener que dispararle, de veras.

Chieng se alejó del arma. Adiós oportunidad. Todavía tardó unos segundos en asimilar la idea de que estaba a merced de una espía rusa a la que acababa de matar un compañero. Cuando lo comprendió, sus labios volvieron a apretarse.

—Cuando se es espía —sonrió Marina— no se ha de tener orgullo, señor Chieng.

—¿De qué está hablando?

—De su gesto. Ha sido tanto como decirme que puedo matarlo si lo deseo, pero que no será usted quien pida clemencia.

—Ya veo que en efecto es usted muy lista. Desde luego más que el bestia de Koriev. Tal vez usted sí sea de la MVD, pero no de ellos. Me dejaría cortar la cabeza antes que admitir eso. Así que mi perplejidad persiste: ¿qué hace una mujer como usted con unos cerdos como éstos?

—Le propongo un trato: ¿hablamos claro los dos?

—No creo que haya mucho que hablar.

—Yo creo que sí, porque la situación es bastante confusa para mí. Me llamo Marina Noborov, soy ciudadana rusa, trabajo para la MVD, y he sido enviada a San Francisco para entregar unos pasaportes rusos a unas personas que me recibirían llamándome por el nombre falso adoptado para este viaje: Olivia Wilkins. No sé para qué quieren los pasaportes las personas que los están esperando, y que para mí son compañeros de la MVD, operando hace ya tiempo en Estados Unidos. ¿Le parece suficiente mi explicación? —Suficiente, pero falsa por lo menos en un punto: Ovorenko y sus compinches no pueden ser agentes de la MVD.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Simple olfato.

—Ya. Simple olfato, ¿eh? Pues perdone, colega, pero me parece que no es usted precisamente un genio del espionaje. Me ha parecido bastante ingenuo.

—No soy ingenuo —gruñó Chieng—: sólo novato. Apenas llevo seis meses en esto, que no es lo mío.

—¿Qué es lo de usted?

—La informática.

—Entiendo. Sin embargo está trabajando para el Lien Lo Pou, ¿no es cierto?

—Sí —admitió de mala gana Chieng—, es cierto.

—Pero es norteamericano de nacionalidad.

—Bueno, un chino es siempre un chino, esté donde esté —murmuró Chieng—. En cualquier caso quedó concertado que mis servicios nunca perjudicarían en modo alguno a los Estados Unidos.

Y además, sólo hago pequeños trabajos.

Marina señaló hacia el coche.

—¿Es la primera vez que ha matado a alguien?

—Sí. Y lo siento. ¡Y no lo digo para que me perdone la vida!

—Sigue siendo orgulloso —sonrió ella—. Voy a decirle una cosa, señor Chieng: usted es novato, pero si se dedicase de lleno al espionaje sería de los buenos, y se lo dice alguien que entiende de esto.

—Toda una veterana, ¿eh?

—Pues, sí —casi rió la rusa.

—En ese caso empezaría a espiar cuando tenía un añito.

—Más o menos. Aunque soy mucho más vieja de lo que usted se cree.

—Ya. O sea, que tiene más de veinte años.

—¡Es usted muy amable! Tengo que confesar que ya cumplí los veinticinco.

—Admirable longevidad.

Marina Noborov volvió a reír, siempre sin dejar de mirar atentamente al apuesto adversario, que a su vez se iba relajando y admirando sus formas físicas, sus ojos verdes, su boca sonrosada, su escote discreto pero sugestivo.

—Veamos, señor Chieng —dijo suavemente la rusa—: usted insiste una y otra vez en que las personas que me están esperando son rusos, pero no de la MVD, y eso me tiene muy inquieta, porque a mí, en Moscú, me dijeron que sería recibida en San Francisco por compañeros de la MVD. Es evidente que ha pasado algo que escapa a mi imaginación y mis cábalas..., siempre y cuando usted tenga razón y Koriev y Ovorenko no sean de la MVD.

—No lo son. Y además, están en tratos con Ling Ho.

—¿Quién es Ling Ho?

—Un maldito traidor chino.

—¿Quiere decir que Ling Ho pertenecía al Lien Lo Pou y lo traicionó?

—No, nunca perteneció al Lien Lo Pou, pero pasaba informaciones de relativa importancia. Tiene un cargo en una compañía naviera de escasa envergadura, en Oakland.

—¿Estaba usted encargado de vigilar a Ling Ho?

—No. Me encargaron que vigilase a Nastasi Ovorenko, y fue así

como supe que éste tenía relaciones con Ling Ho. Ovorenko tiene varios hombres con él, y sigo a uno o a otro. Esta vez decidí seguir a Koriev.

—El cual se presentó a mi con el nombre de Harry y hablando en inglés, naturalmente, lo cual era la contraseña —asintió Marina—. Bien, entonces, tenemos a Ling Ho, que es chino pero no pertenece al Lien Lo Pou y a Ovorenko y Koriev, que son rusos pero que según usted no pertenecen a la MVD. Pese a esto último, a mí me enviaron a entregar en San Francisco, a un hombre llamado Harry, los pasaportes que usted ha visto. ¿Cómo se puede entender esto? Si la MVD me envía a entregar algo a Harry, es decir, a Koriev, y por tanto a Ovorenko, que es su jefe, es que uno y otro son de la MVD, ¿no le parece, señor Chieng?

—Sí, tiene una lógica total —masculló Chieng, tras parpadear—. Tal vez yo me esté equivocando...

Marina Noborov ladeó la cabeza y entornó los párpados. Parecía pensar en las posibilidades que había de que Cris Chieng la estuviese engañando, y por cierto que eran muchas, pues cuando el juego anda entre espías, no se lanzan uno al otro finezas ni sinceridades.

—Sin embargo —susurró Marina, como si sus pensamientos hubieran formado parte de una conversación con Cris Chieng—, usted me inspira una... confianza insólita. No sólo como persona, sino como intelectual. Sin duda, es usted un gran observador, un buen analítico, y si dice que Koriev y Ovorenko no trabajan para la MVD debe tener sus razones..., aunque sean el simple olfato. ¿Qué pasaría si los verdaderos receptores de los pasaportes hubieran sido eliminados y tanto Koriev como Ovorenko, fuesen unos usurpadores de mis auténticos compañeros de la MVD?

Cris Chieng movió la cabeza.

—Nastasi Ovorenko es Nastasi Ovorenko, no alguien que se hace pasar por Nastasi Ovorenko. Lo sabemos con absoluta certeza.

—Pero yo no sabía que tenía que contactar con Nastasi Ovorenko. No me dijeron más nombre que el de Harry, y con razón, pues podía caer en manos de las autoridades norteamericanas cargada de pasaporte rusos.

—¿Falsos?

—Yo diría que no —frunció el ceño Marina—. ¿Qué le parecen a

usted?

—Me han parecido auténticos.

Quedaron los dos silenciosos. La situación era por demás insólita: una espía rusa y un espía chino haciendo cábalas sobre una situación que, en definitiva, ninguno de los dos entendía.

—Y me pregunto —dijo de pronto Marina—: ¿qué pinta Ling Ho en todo este asunto de los pasaportes rusos? ¿O es otro asunto el que Ovorenko está gestionando con Ling Ho?

—De eso no tenemos información, por el momento.

—¿Y si realmente Ovorenko no fuese de la MVD...? ¿Cómo se explicaría esto? Porque a mí me enviaron aquí asegurándome que sería recibida por compañeros... Pero si no lo fuesen: ¿qué están pensando hacer con ciento dos pasaportes rusos? ¿De verdad que usted no sabe nada de esto, Chieng?

—De verdad.

—Bien, considerando que los dos...

El repiqueteo del radioteléfono les hizo reaccionar a los dos, aunque de modo diferente: Chieng adelantó un paso hacia Marina pensando que ella iba a volver la cabeza, y lo que hizo fue adelantar la pistola de modo que la boca de fuego se apoyó en el pecho de él. —Tranquilo— musitó la rusa—. Es de suponer que llaman a Harry. Le propongo una tregua de un par de minutos, señor Chieng. O eso, o le meto ahora mismo un balazo en el corazón.

—Prefiero la tregua.

—Dé la vuelta al coche y siéntese en el sitio del inductor.

El radioteléfono seguía sonando. Chieng se sentó ante el volante y Marina al otro lado, descolgando el auricular.

—¿Sí? —inquirió, en inglés.

—¿...?

—¿Con quién hablo?

—¿...?

—Harry no puede ponerse en este momento.

—¿...?

—Una amiga suya... Tal vez él le haya hablado de ni: soy Olivia Wilkins.

—¿...?

—Mire, amigo, tenemos un pequeño problema, pero me gustaría saber por qué tengo que informarle a usted de ello, ¿me

comprende?

—¿...?

—En efecto, hablo ruso —dijo Marina en este idioma—. Y tengo ciento dos cosas que debo entregar y ahora no sé a quién. Y si va a preguntarme de nuevo qué ha ocurrido, pierde el tiempo. Dígame quién es usted y si puede ayudarme, y entonces quizá nos entendamos.

—...

—Sí, ya supongo que es un amigo de Harry, pero le gustaría estar segura de que también lo es mío continuó hablando en ruso.

—...

—De acuerdo. Dígame dónde y me las arreglaré para llegar, pues conozco bastante bien esta zona, de anteriores visitas.

—...

—Sí... Sí, sí. De acuerdo. Hasta luego.

Colgó el auricular. En ningún momento había dejado de apuntar a Chieng con la pequeña pistola, pero, de repente, se subió la falda y la colocó pegada a su muslo con la tira de esparadrapo color carne que despegó y volvió a pegar.

—¿Continúa la tregua? —preguntó Cris.

—No es eso. Es que quizá usted tenga razón... Ya no me gustó mucho Harry, francamente, pero no se trataba de tomar decisiones sin tratarlo más a fondo, ¿verdad? Ahora, después de hablar con este otro, que supongo es Ovorenko, empiezo a creer que, en efecto, ni uno ni otro son de la MVD.

—Pero a usted le dijeron que la recibiría un compañero de la MVD.

—Sí... Y eso es lo que no entiendo. Hay dos alternativas, según veo las cosas en este momento. Alternativa A: que la persona que me entregó en Moscú los pasaportes esté traicionando a la MVD, utilizándome a mí para entregarles material a hombres que sí son rusos, pero no agentes del servicio. Alternativa B: que la persona de Moscú no sea una traidora, pero que aquí ha ocurrido algo con mis auténticos camaradas y ahora existe una situación preocupante y de usurpación de personalidad.

—Caray —movió la cabeza Chieng—. ¡A eso le llamo yo pensar, señorita Noborov!

—Estoy acostumbrada —sonrió ella de pronto—. Llámeme

Marina.

—Simpática oportunidad antes de morir.

—Vamos, no sea absurdo —se impacientó la rusa—. No tengo la menor intención de matarle. Por el contrario, creo que deberíamos trabajar juntos.

—No me diga —se pasmó Cris Chieng.

—Dadas las circunstancias, yo no diría que es algo descabellado. Yo quiero saber qué ha ocurrido aquí o si me han engañado en Moscú, es decir, quiero saber si debo atenerme a la alternativa A o a la B. Y en cuanto a usted, me imagino que le gustaría saber qué están tramando Ovorenko y Ling Ho.

—Precisamente en ese trabajo estaba metido.

—Pues trabajemos juntos. Es decir, no juntos físicamente sino en combinación. Una alianza privada ruso-china: yo investigo a Ovorenko y tú te dedicas de lleno a Ling Ho. ¿Qué te parece?

—Cuando menos, chocante —sonrió ceñudamente Cris—. Naturalmente, estás hablando en serio.

—Naturalmente. Tengo que acudir a un encuentro con Ovorenko, si es que es él quien ha llamado por teléfono, y eso me permitirá introducirme en su grupo. Al fin y al cabo, pese a las dificultades, le voy a entregar los pasaportes.

—¿Y cómo explicarás lo de Harry? Está muerto, ¿recuerdas?

Marina Noborov miró por encima del respaldo del asiento hacia el de atrás, a cuyo pie, como empotrado entre ambos asientos, estaba el cadáver de Harry-Koriev. Estuvo contemplándolo unos segundos, miró luego la portezuela izquierda delantera del coche y asintió.

—Ayúdame a colocarlo en el maletero. Colocaremos mis maletas en el asiento de atrás: siempre llamarán la atención menos que un cadáver.

—¿Te has inventado un cuento? ¿Qué piensas decirle a Ovorenko?

—No te preocupes por eso. Supongo que sí sabrás qué es esto, por novato que seas.

Le mostró un paquete de cigarrillos americanos que había sacado de su bolso de viaje.

Cris Chieng lo tomó, buscó cuidadosamente, y tiró de uno de los cigarrillos. Inmediatamente, en el bolso de Marina Noborov sonó un

suave zumbido de llamada, un apagado bip-bip-bip.

—Olvidé que eres un técnico en informática —sonrió la rusa—. Estaremos en contacto por medio de estas radios. Pero no se te ocurra llamarme tú a mí, a menos que sea cuestión de vida o muerte. Yo te iré llamando cuando me sea posible.

—O sea, que va en serio lo de nuestra alianza.

—¿Por qué no? Por supuesto, si no te interesa...

—Sólo quería aclarar una cosa: no sería una alianza chino-rusa, sino, en todo caso, chino-rusa-americana. Quiero decirte con eso que si el asunto de los pasaportes que tú transportas, o lo que sea que estén tramando Ovorenko y Ling Ho, va a causar perjuicio a los Estados Unidos de América, yo me opondré con todas mis fuerzas, y, si es necesario, informaré a la CIA. ¿Está esto bien claro? Jugadas sucias contra mi patria, no, Marina.

—De acuerdo —susurró ella.

—Bien. —Cris miraba de uno a otro ojo de la espía rusa—. ¿Puedes creerme si te digo que nunca me he acostado con una mujer rusa?

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Quiero decir que es una posibilidad que nunca tuve en cuenta: una mujer rusa y además pelirroja. Imagínate.

—Si me dices de qué estás hablando quizá te entienda.

—Con frecuencia me he preguntado cómo será la mujer con la que me case, y cómo serían mis hijos. Podría casarme con una rubia de ojos azules, como hizo mi padre, y entonces podría ser el caos étnico. Podría casarme con una china, y entonces la cosa sería bastante razonable. Pero me pregunto qué pasaría si tuviera un hijo contigo. ¿Sería el niño pelirrojo y de ojos verdes, y bajito y de piel china? ¿O sería alto, pecosito, de ojos negros y pelo rojo? ¿O sería...?

Marina Noborov se echó a reír.

—¡No te compliques tanto la vida! —exclamó—. En estas cosas es inútil hacer pronósticos: ¡sale lo que sale! Como ocurrió contigo: ¿un chino con los ojos azules? Pues muy bien: un chino con los ojos azules. ¿Qué más da?

—Tal vez tengas razón. El problema sería ponerle nombre al niño.

—¡Ah, no! ¡Aquí sí que no habría problema alguno, porque yo no daría mi brazo a torcer! Si era niño tendría que llamarse

Vladimir, como mi abuelo, que era un hombre formidable.

—Vladimir —reflexionó Cris Chieng—. Vladimir Chieng. Me gusta. ¡Caray, me gusta!

¿Hacemos el niño?

—¿Ahora? —rió Marina.

—Tienes razón, no es el momento. En fin —suspiró—, sigamos trabajando juntos y ya tendremos ocasión de engendrar al pequeño Vladimir. Y si no volvemos a vernos, pues... mala suerte.

—Sí... Mala suerte.

CAPÍTULO IV

—Es lo más increíble que me ha sucedido en la vida —dijo Sao To—. ¡Si no te conociera bien creería que te habías drogado y eso lo habías soñado, Cris!

—¿Y era muy hermosa la rusa? —preguntó To Mai.

—Regular —mintió descaradamente Chieng—. Además, era pelirroja.

—Las mujeres rusas pelirrojas suelen ser muy hermosas —intervino el viejo Hong—. Y si además era joven, todavía mejor.

—¿Era muy joven? —se interesó To Mai.

—Bueno... Regular. ¿A qué llamas tú joven?

—Como yo, por ejemplo.

—Ah, no Le calculo unos cuarenta años —mintió de nuevo Cris.

—¡Ah! —exclamó To Mai, complacida.

—¿Podéis callar un momento? —pidió Sao To—. ¡Estoy pensando!

Cris Chieng le miró amablemente, y luego miró a To Mai y le guiñó un ojo. Pero no había que tomárselo a broma. Había ido a visitar a Sao To a su restaurante antes de la hora en que comenzaban a servir las cenas, de modo que habían podido reunirse en la salita los cuatro: Sao To, el jefe del Lien Lo Pou en San Francisco, su bella hija To Mai, con la que en numerosas ocasiones Chieng había intercambiado complacencias sexuales, y el viejo y simpático Hong, que aparte de ser espía era camarero en el restaurante de Sao To, cocinero de profesión visible. Nada original, pero cierto.

—Es una situación bastante infrecuente, la verdad —dijo de pronto Sao To—. No es que en espionaje no se hagan alianzas temporales de lo más inesperadas, fruto de circunstancias insólitas,

sino que si ella es de la MVD y la ha enviado alguien de la MVD deberíamos pensar que Ovorenko y los suyos también son de la MVD, con lo que nosotros nos habríamos equivocado con ellos.

—Ovorenko no es de la MVD —dijo con súbita seriedad el viejo Hong—. No sirve. Es cruel y ambicioso en lo personal. Los rusos lo habrían quemado vivo, si hubiera estado trabajando para ellos, pues habría hecho alguna que otra porquería. No sirve. No es de la MVD. No.

—Otra cosa que me pregunto es qué pretenden con esos ciento dos pasaportes rusos..., y si Ling Ho tiene algo que ver con eso.

—Sea lo que sea que esté pasando —dijo Hong—, lo cierto es que si interviene Ling Ho no puede ser nada bueno. Yo sugiero que sigamos vigilando a Ling Ho que pongamos otros hombres para seguir vigilando a Ovorenko y sus gentes, incluida ahora Marina Noborov, y que, por supuesto, mientras tanto no desdeñamos el contacto de ella con Cris. Tal vez ella juegue limpio. Tal vez. Pero si yo estuviera en tu lugar, Cris, no confiaría demasiado en ella.

—Quizá sería conveniente retirar a Cris de esto —sugirió To Mai.

—¡Nada de eso! —saltó Cris—. ¡Ni hablar!

—¿Por qué no? —Le miró sorprendido Sao To—. Hong y Mai tienen razón. Has matado a un ruso, Cris.

—Sí, ya lo sé, pero... Bueno, no creo que ella me traicione.

Los interlocutores de Chieng se quedaron mirándole incrédulamente. El viejo Hong, habitualmente tan simpático, soltó un bufido. Sao To terminó por mover la cabeza con gesto amable.

—Cris, te dije que quizá alguna vez te verías obligado a matar a alguien, y has tenido que hacerlo. Ahora, los rusos saben que un chino llamado...

—Un norteamericano —corrigió irritado Chieng.

—Un chino-americano —asintió Sao To—. Bueno, los rusos saben que un tal Cristopher Chieng, técnico en informática, ha matado a Iván Koriev. La vida ya no te va a ser tan fácil a partir de ahora, y créeme que lo siento, pues la MVD no va a olvidar que a la menor oportunidad debe cargarse al tal Chieng. Ojo por ojo, diente por diente. La única esperanza de que las cosas no se te compliquen, es que seamos nosotros quienes estemos en lo cierto y Koriev no sea de la MVD, sino, como Ovorenko, un granuja que está tramando

algo por su cuenta en combinación con Ling Ho. Ojalá sea así. Y mientras esperamos saber una cosa u otra yo también creo que lo mejor sería que te retirases de este asunto.

—No lo haré. ¡No!

—Podríamos irnos los dos a esquiar una temporada a Sun Valley —propuso Mai To—. Tengo ganas de hacer eso hace ya tiempo. ¿Me lo permitirías, padre?

—Si Cris se va contigo, sí.

—¡Oh! ¡Entonces todo está arregl...!

—He dicho que no —dijo Chieng, poniéndose en pie—. ¡Maldita sea, no pienso volver la espalda a la primera ocasión en que aparece un poco de peligro para mí! Me quedo en San Francisco. Y pienso seguir haciendo mi trabajo —apuntó a Sao To con un dedo—. ¡Y si no, no haberme reclutado para trabajar para el Lien Lo Pou!

Y abandonó la salita con expresión furiosa.

Se tranquilizó apenas salir a la calle. Y de nuevo se le apareció la imagen de Marina Noborov en la mente. No conseguía olvidarla, no había modo de que dejase de pensar en ella. Y, ciertamente, no tenía la menor intención de dejar transcribir el resto de su vida sin volver a ver a Marina Noborov.

* * *

Tras contemplar el cadáver de Koriev, Ovorenko cerró la tapa del maletero y miró inexpresivamente a Marina Noborov, que estaba de pie a su lado, contemplándolo a su vez con relativo interés. Estaban en una nave donde había varios automóviles viejos y a medio desguazar, a la que habían llegado tras encontrarse Marina y Ovorenko en el cruce de dos calles de Oakland y seguir la primera al segundo.

—A ver, explica eso otra vez —dijo Ovorenko.

Marina hizo un gesto de fastidio, pero en seguida pareció resignarse, y repitió, aunque más brevemente, la historia:

—Ya te he dicho lo que pasó. Me llevó a aquel sitio, y todavía no había parado el coche cuando comenzó a meterme mano a las piernas y a decir que lo íbamos a pasar muy bien, y que sería el primero del grupo en gozar conmigo.

—Y tú le empujaste.

—Le di un golpe en la mano —refunfuñó Marina—. El se echó a reír, y entonces quiso meterme mano por el escote. Entonces sí le empujé. El volvió a reír, dijo que no me hiciera la estrecha... y en ese momento chocamos con el pino, de costado. El coche se desvió, chocó por el otro lado con otro pino, y Harry se golpeó en la sien con el montante de la portezuela. No fue un golpe muy fuerte, así que primero pensé que había perdido el conocimiento, pero de pronto me di cuenta de que estaba muerto.

—Y entonces le metiste en el maletero.

—Era un buen lugar para hacerlo, pues ya se había preocupado él de escogerlo para jugar al sexo conmigo.

—¿Y no se te ocurrió dejar abandonado a Harry y marcharte?

—No digas estupideces. Una cosa es que no me deje avasallar y otra muy diferente que deje a un compañero muerto tirado en un bosque. Había visto que el coche tenía radioteléfono, de modo que supuse que llamaríais a Harry más pronto o más tarde. Así pues, lo metí en el maletero y esperé.

Nastasi Ovorenko asintió, recordando el golpe en la sien de Harry, es decir, de Iván Koriev. Lo que estaba diciendo Marina Noborov tenía sentido, a excepción de los propósitos de Koriev de llevársela a un bosquecillo para hacer el amor con ella. En cualquier caso. Marina era muy hermosa, y por la cabeza de Koriev podían haber pasado esos pensamientos. Sí, ¿por qué no? Además, ella había hecho las cosas con lógica..., y había puesto en sus manos los pasaportes. ¿No era esto definitivo?

En aquella especie de almacén-garaje había tres hombres más, todos contemplando atentamente a Marina. Ovorenko se acercó a uno de ellos, y le susurró unas palabras. El otro, llamado Sulov, asintió, se metió dentro del coche propiedad del grupo, y dio marcha atrás, mientras uno de sus compañeros abría la gran puerta, que cerró cuando Sulov hubo partido.

—¿Va a comprobar algo? —preguntó irónicamente Marina.

—Sólo va a hacer un recado mío —sonrió Ovorenko—. Bueno, vamos a ver bien esos pasaportes.

—¿Dónde tengo que instalarme?

—Ya te lo diré. Vamos arriba.

Señaló un altillo parcial al fondo de la nave, al que se accedía por una escalera de madera, y luego hizo una seña a Cherilian y

Karamazof, cada uno de los cuales se hizo cargo de una maleta de Marina. Subieron los tres al despacho habilitado en el altillo, y los tres rusos sacaron todos los pasaportes y los fueron colocando sobre la mesa. De pie a un lado. Marina los iba mirando inescrutablemente.

El más alto y fuerte era Cherilian, pero sin duda alguna el más inteligente era Ovorenko. Éste debía tener unos treinta y cinco años, era un atleta bastante descuidado en la actualidad, y sus ojos, grandes y oscuros, no perdonaban detalle. Vestía bien, resultaba agradable, y podía pasar sin problema alguno por un norteamericano corriente de la costa Oeste. El más espectacular era Karamazof, altísimo y delgadísimo, y pelirrojo: aunque, ciertamente, hay millones de norteamericanos así.

—Desde luego, son auténticos —dijo Ovorenko, tras examinar varios pasaportes, igual que hacían los otros—. Es un material perfecto. ¿Estás de acuerdo, Marina?

—¿De acuerdo? ¿Cómo puedo saberlo, si ignoro para qué queréis los pasaportes?

—¿No te lo dijeron en Moscú?

—No.

Nastasi Ovorenko pareció satisfecho, y continuó examinando algunos pasaportes, que, efectivamente, eran auténticos, perfectos para la operación: estaban completos a excepción de la fotografía del usuario y del sello final. Pero el sello lo tenía él, pues le había llegado uno por otro conducto, y la fotografía no iba a representar problema alguno.

—Está bien —murmuró por fin Ovorenko—, parece que todo funciona como se convino. Encárgate tú de hacer la lista, Karamazof, y luego guarda los pasaportes en la caja.

—De acuerdo.

—Hazla a máquina, recuerda. Y junto a cada nombre pon los datos más característicos de cada usuario.

—Ya sé eso —se sorprendió Karamazof.

—Pues empieza. Cuanto antes tengamos la lista y pongamos los pasaportes a salvo, mejor para todos.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —preguntó Marina.

Los tres la miraron a la vez, vivamente, súbitamente tensos. Pero Ovorenko sonrió. —¿Acaso te indicaron en Moscú que te integrarías

en la operación?— preguntó con amabilidad.

—No.

—Entonces, olvida el asunto.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Dedicarme a pasear por San Francisco, regresar a Moscú, trasladarme a otra zona...? Porque mis únicas instrucciones fueron llegar aquí, pero no se me dijo qué más debía hacer. Creí que me integraría en vuestro grupo, por tanto.

—Claro —frunció el ceño Ovorenko—. Bien, ya pensaremos algo. De momento supongo que lo que más te interesa es descansar del viaje y de la tensión.

—La verdad es que sólo ha faltado esa estupidez de Harry para terminar de enervarme —asintió Marina—. En cualquier caso, estoy segura de que puedo seros útil.

—Seguro que sí. Llévala arriba. Cherilian.

—De acuerdo. Ven conmigo.

Marina no insistió. Abandonó el altillo en pos de Cherilian, que llevaba sus dos maletas, vacía ahora de pasaportes la más grande. Cargada únicamente con su maletín de viaje, la espía rusa cruzó la nave hacia el otro lado del que estaba ubicado el altillo. Había una puerta, que Cherilian abrió, dejándole paso. Al otro lado, un estrecho pasillo conducía, por la izquierda, a una puerta que daba a la calle, y por la derecha a un tramo de escalones de piedra.

Eligieron este camino, llegaron a un descansillo donde había dos puertas, y Cherilian abrió una. Entraron en un pequeño apartamento interior cuya salita estaba frente a la puerta.

—Hay una cocina con frigorífico en el que encontrarás cosas de comer y beber —dijo Cherilian—. También hay dos dormitorios. Y si quieres ducharte hay un aseo junto a la cocina.

—Realmente, lo que más deseo es bañarme y descansar.

—Pues puedes hacer ambas cosas. Hasta luego.

La dejó en el apartamento. Marina Noborov lo re corrió en menos de un minuto, comprobando que las ventanas daban todas a un patio interior de la manzana lo mismo que la escalerilla de madera que desde la cocina descendía supuestamente como servicio de escape en caso de incendio. Era un lugar más bien desagradable en conjunto, si bien muy adecuado al que utilizarían unos espías operando en país enemigo.

Sin embargo, no pertenecían a la MVD ni a la KGB. Marina Noborov estaba ahora segura de esto. Es decir, que Cris Chieng había tenido razón. Si, cabía la posibilidad de que tanto Chieng como ella se estuvieron equivocando, pero Marina no lo creía así. Chieng podía tener, en efecto, muy buen olfato, pero ella lo tenía mejor. Especialmente cuando se trataba de rusos.

Eligió uno de los dormitorios, colocó en el armario las cosas de sus maletas, y se desnudó. Poco después se duchaba en la pequeña pila del cuarto de aseo, cuya pequeña ventana, alta, también daba al interior de la manzana.

La cuestión estaba muy clara ahora para Marina Noborov: ella tenía que atenerse a la alternativa A. En Moscú, un hombre listo había utilizado a Marina Noborov agente de la MVD, para llevar los pasaportes a San Francisco *sin mencionar el asunto CON NADIE*. Es decir, que mientras Marina Noborov cumplía este servicio en beneficio del traidor, en Moscú seguramente se estaban preguntando dónde estaba la agente Marina Noborov.

Así pues... ¿qué podía esperar Marina de Ovorenko y los demás? La respuesta era escalofriantemente simple: cumplido el servicio que el traidor le había inventado, engañándola, ahora Ovorenko y los otros la tenían que liquidar.

Así de simple. Alguien de la MVD la había utilizado sin que fuese cierto que el trabajo fuese para la MVD, sino para unos propósitos particulares. Ahora, cumplido su trabajo, la camarada Noborov era solamente una molestia, incluso un peligro...

Estaba secándose frente al espejo cuando oyó abrirse y cerrarse la puerta del apartamento, y en seguida, la voz de Nastasi Ovorenko.

—¿Camarada Marina?

—Estoy en el aseo —informó Marina.

Inmediatamente, de su maletín de viaje sacó el cepillo para el cabello, y comenzó a pasárselo por la cabeza, fija la mirada en el espejo, que le permitía ver la puerta. Ovorenko entró tranquilamente, y parpadeó al verla desnuda y cepillándose el cabello todavía húmedo. —No sabía...— empezó.

—No te preocupes —cortó ella, mirándole a través del espejo—. ¿Has olvidado decirme algo?

—Sí. ¿Tienes tu propio pasaporte ruso?

—Claro. Bien tenía que utilizarlo al llegar a Alaska.

—Pero de Alaska a San Francisco has venido como Olivia Wilkins.

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Nada que deba preocuparte. Simplemente, necesitamos tu pasaporte.

—¿Para incluirlo en el lote?

—No, no, no debes preocuparte.

De modo que era preocupante estar entre los usuarios de los ciento dos pasaportes, pensó Marina. Bueno, ya tenía un dato sobre el que reflexionar.

—Bueno —dijo—, me gustaría saber para qué quieres mi pasaporte.

—Ya lo sabrás. Ahora entrégamelo.

Pareció que la rusa fuese a negarse, pero dejó de cepillarse el cabello y abrió el maletín de viaje. En un momento dado miró a Ovorenko de nuevo por el espejo, vio la mirada del hombre fija en su desnuda espalda, recorrió lentamente su cuerpo. Había en la expresión de Ovorenko un deseo lúbrico que casi le erizó el vello.

Sacó el pasaporte del doble fondo, se volvió y se lo entregó a Nastasi Ovorenko, que susurró:

—Eres muy hermosa, camarada Marina.

—Sí, lo sé —ella torció el gesto—. Pero ello no justifica que mis camaradas hagan el idiota, como hizo Harry.

—No debería sorprenderte tanto que los hombres sientan deseos de tu cuerpo.

—No me sorprende. Lo que me sorprende es que se intente hacer las cosas a la fuerza y a destiempo. Tal vez si Harry me lo hubiera pedido mañana, ya descansada y tranquila, lo habría tenido, en lugar de estar muerto.

Ovorenko asintió, recorriendo despaciosamente con la mirada el magnífico cuerpo de la espía rusa, deteniéndose de modo especial en los altivos pechos y el triángulo de rizado vello sorprendentemente negrísimo. El vientre y los muslos de Marina Noborov se le antojaban a Ovorenko joyas de inigualable calidad.

Mirando ahora fijamente a los ojos a Marina, Ovorenko desplazó su mano izquierda hasta tocar el velludo triángulo.

—Tú y yo hablaremos mañana —susurró.

Marina no contestó. Sostuvo la mirada, simplemente. Ovorenko retiró la mano, dio la vuelta, y abandonó el pequeño cuarto de aseo. Se oyó la puerta del apartamento. Marina salió desnuda, se aseguró de que Ovorenko se había marchado, y regresó al cuarto de aseo, guardando en el maletín el cepillo para el cabello.

Ciertamente. Nastasi Ovorenko no lo sabía pero había estado al borde de la muerte.

Eran algo más de las nueve de la noche cuando Marina Noborov terminaba de convencerse de que no había en el pequeño apartamento ningún micrófono o cualquier otro artefacto o instrumento que debiera preocuparla. A menos que estuviera tan bien oculto que ella no pudiera o supiera encontrarlos..., lo que tratándose de Ovorenko le pareció muy poco probable. No sería aquel hombre quien la engañaría a ella.

Si acaso, ella le engañaría a él, como estaba haciendo ya. Porque el hombre que Ovorenko había enviado a examinar el lugar de los hechos que le habían costado la vida a Harry regresaría diciendo que todos los detalles coincidían con los que ella había expuesto. Y era lógico, ya que ella había montado la escena en otro lugar tras separarse de Cris Chieng...

A propósito: ¿dónde y qué debía estar haciendo el agente del Lien Lo Pou?

* * *

Cristopher Chieng se hallaba sentado en la salita de su modesto pero agradable apartamento ubicado en el séptimo piso de un moderno edificio sito en Army Street. Sobre la mesita estaban los restos de una cena fría, y, junto a éstos, al paquete de cigarrillos que contenía la radio que le había facilitado la espía rusa.

«Debería llamarme —pensó—. ¡Debería llamarme aunque sólo fuese para decirme que todo le va bien!».

Se sorprendió a sí mismo con estos pensamientos. Estaba recordando a *una espía rusa*, pero lo hacía de un modo que cada vez le inquietaba más. Estaba sucediendo algo que le producía una extraña y profunda tristeza, algo que además podía provocar desastrosos resultados. Si él se enamoraba de Marina Noborov las cosas podían complicarse mucho, tal vez para ambos, tal vez para él

solo.

«Es absurdo —pensó—. Lo único que ocurre es que está muy buena, me gusta, y querría tirármela, eso es todo. Es muy sencillo, en realidad».

Cuando, finalmente, sonó el leve zumbido en la radio. Cris Chieng ni se acordaba de que existía en el mundo una bella chinita llamada To Mai, con la que había gozado no pocas veces de intimidades encantado ras y totales, y, en cambio, toda su mente estaba llena con la imagen de Marina Noborov...

Bip
bip-bip,
seguía zumbando la radio.

Cris Chieng la tomó y atendió la llamada, con voz normal, tranquila:

—¿Sí? —susurró.

—Soy yo —oyó la susurrante voz de Marina Noborov—. Todo marcha bien. Te volveré a llamar cuando sepa algo concreto.

—¿Dónde estás?

—Te volveré a llamar cuando pueda. Y tenías razón: no son de la MVD.

La comunicación se cortó. Cris Chieng apagó también su radio, y quedó pensativo.

«Debí seguirla —reflexionó—, y ahora al menos sabría dónde está. Pero me habría visto. Sé que ella me habría visto siguiéndola, y entonces habría dejado de confiar en mí. Aunque... ¿realmente está confiando en mí?».

CAPÍTULO V

—Buenos días, camarada Marina —entró muy sonriente Ovorenko en el pequeño apartamento destinado a la bella pelirroja—. ¿Cómo has pasado la noche?

—Mucho mejor de lo que esperaba. Gracias por tu interés.

—Tengo especial empeño en que te encuentres a gusto, aunque comprendo perfectamente que éste no es el lugar idóneo para ello. Si tienes un poco de paciencia te demostraré que puedo proporcionarte cosas mejores.

—Suelo tener mucha paciencia —le miró socarronamente Marina—. Me da la impresión de que estás muy contento esta mañana.

—Así es. La verdad es que estaba preocupado porque no sabía qué hacer contigo. Afortunadamente, durante la noche he conseguido comunicación con... cierta persona, y me ha autorizado para que te integre en la operación.

—¿Significa eso que debo quedarme en San Francisco a tus órdenes?

—Así es. ¿Te molesta?

—En absoluto, siempre y cuando no te arrogues privilegios... de índole personal.

—¿Tanto te disgusto? —Frunció el ceño Ovorenko.

—Más bien me gustas —dijo seriamente Marina Noborov—. Pero te diré una cosa, camarada: estoy muy asqueada de que los hombres, incluidos mis compañeros, anden siempre detrás de mí como si yo fuese una perra en celo y ellos simplemente unos perros oportunistas.

Nastasi Ovorenko, que miraba furtivamente el escote de Marina, terminó por mirarle los verdes ojos fijos en él. Marina estaba

bellísima, se veía relajada, fresca, succulenta. Era un bocado especial para cualquier hombre. Un bocado especial que no valía la pena estropear.

—Estoy seguro de que tienes razón —dijo por fin Ovorenko—. Así que por el momento vamos a limitarnos a las relaciones propias de camaradas en una importante operación...

—Tampoco se trata de eso —rió de pronto Marina—. Lo que quiero decir es que si me viene de gusto, bien, pero que me fastidia que siempre me anden oliendo el trasero.

—Entiendo —sonrió Ovorenko—. Y de acuerdo. Bueno, ayer Sulov comprobó tus explicaciones. A juzgar por los detalles que vio en el lugar que mencionaste todo ocurrió como dijiste. Satisfechos en esto, quedas integrada en el grupo que opera desde este lugar. Somos cinco en total: tú, yo, Sulov, Karamazof y Cherilian.

—Siento lo de Harry, pero...

—Olvidalo —hizo un gesto Ovorenko—. Bien, vas a tener que quedarte sola aquí unas cuantas horas, pues nosotros tenemos algo que hacer...

—¿Algo que hacer? ¿Qué cosa? Porque si empezamos con reticencias no puedo considerarme integrada en el grupo. No entiendo que desconfíes de mí si has hecho contacto con alguien que te ha autorizado a utilizarme aquí.

—Tienes razón. Lo que tenemos que hacer es ir en una lancha a recoger una determinada cantidad de armas que nos llegan desde Vancouver. Esperamos estar de vuelta hacia las seis de la tarde. Hasta entonces lo mejor será que permanezcas aquí. Si deseas salir a la calle, hazlo, pero no te alejes demasiado, ni tardes mucho en volver. Por aquí cerca tienes bares, restaurantes y cuantas tiendas puedas necesitar. Sobre todo, Marina, no descuides la vigilancia del despacho donde nos entregaste ayer los pasaportes.

—El del atillo de abajo.

—Sí. ¿Tienes armas?

—Una pequeña pistola con la que siempre me las he arreglado bien —dijo Marina, alzando la falda y mostrando la pequeña pistola sujeta al muslo con esparadrapo.

—De acuerdo. Nuestro grupo no ha tenido hasta ahora ningún tropiezo, y estamos seguros de que ni la CIA ni cualquier otro organismo norteamericano tiene noticias de nuestra existencia. Lo

que quiero decirte...

—Todo lo que tú puedas decirme lo aprendí hace ya tiempo. No soy de las que van por ahí buscando complicaciones, te lo aseguro.

—Perfecto. —Nastasi Ovorenko sacó un fajo de dólares del bolsillo del pantalón, y los tiró sobre la mesa de la salita—. Ahí tienes dinero, por si tienes que comprarte algo. Hasta luego.

Titubeó, dio otro paso hacia ella, la asió por los hombros y la atrajo. Marina Noborov alzó el rostro, y miró a los ojos a Nastasi, que bajó la cabeza y la besó en los labios.

—¿Te ha molestado? —preguntó luego.

—Claro que no. Tampoco vayas a creer que soy una frígida o una estúpida.

—Hablaremos de esto cuando termine la operación. Hasta luego. Y no te descuides, por favor.

—Ve tranquilo.

Marina Noborov quedó sola en el apartamento. Esperó un minuto, salió y bajó el tramo hacia el pasillo que llegaba hasta la puerta de la calle. Abrió la puerta de su izquierda, y oyó dentro del almacén-garaje las voces de sus camaradas. Casi en seguida, el rumor de la gran puerta al ser abierta, y en seguida el zumbido del motor del coche. La puerta fue cerrada. Todo quedó en silencio. Lentamente, la espía rusa regresó al apartamento que le habían asignado, pero apenas entrar lo pensó mejor y volvió abajo, entrando en el oscuro almacén, cuya luz encendió.

—¿Nastasi? —llamó.

Dio unos pasos hacia el interior del almacén. A través de la puerta llegaban leves rumores, eso era todo.

—¡Nastasi! —llamó con voz más fuerte.

El silencio, naturalmente. Marina hizo un gesto de resignación, y se volvió hacia la puerta, mirando a todos lados. Coches y camionetas viejas, algunas a medio desgazar, ruedas por todas partes, chasis, asientos, montones de cajas. Allí podía esconderse desde una rata a un elefante. Es decir, que no era ni mucho menos descabellado suponer que Ovorenko hubiera dejado allí a uno de sus amigos para que vigilase lo que hacía Marina Noborov al encontrarse sola en el lugar.

Lo que hizo Marina Noborov fue apagar la luz, salir del local, y cerrar la puerta. Subió a su apartamento, agarró la radio de bolsillo

camuflada en el paquete de cigarrillos, y se encerró en el cuarto de aseo. Pulsó el botón de llamada.

La respuesta de Christopher Chieng fue inmediata.

—¿Si?

—Soy yo. Tengo posibilidades de saber qué están tramando, pero necesito asegurarme de que confían en mí. Dentro de una hora voy a salir, aparentemente a dar una vuelta, tomar un café, comprar cigarrillos... Quiero saber si me siguen. ¿Puedes encargarte de eso?

—Desde luego... siempre y cuando me digas por dónde vas a estar.

—No lo sé muy bien, pues conozco San Francisco, pero no Oakland. Pero lo solucionaremos. Voy a salir dentro de una hora, entraré en un bar y te llamaré desde allí para decirte la calle y el local en que me encuentro. Estaré en el bar unos veinte minutos.

¿Tendrás tiempo de localizarme?

—Si me traslado ahora mismo a Oakland, desde luego.

—Pues hazlo.

Marina Noborov cortó la comunicación.

Una hora más tarde, es decir, algo después de las diez de la mañana, salía a la calle por la puerta del pasillo largo. Tal vez hubiera dentro del almacén alguien esperando que ella cometiera la torpeza de subir al despacho a fisgonear, con lo que se haría sospechosa. Pero, ciertamente, Marina no era ninguna principiante, así que primero se aseguraría de que no la estaban vigilando, y luego, si convenía, echaría un vistazo al despacho y sobre todo, a la enorme y sólida caja de caudales.

Ahora tenía que encontrar un bar desde el cual llamar de nuevo por la radio a Cris Chieng.

* * *

—Hola —dijo Cris, sentándose en un taburete a su lado.

Marina Noborov se llevó uno de los buenos sustos de su vida. Miró al chino-americano con expresión incrédula y casi aterrada. Inmediatamente, como queriendo hurtar su reacción, miró de nuevo su taza de café, pero susurrando, tensa la voz:

—¿Estás loco? ¡No has debido acercarte a mí!

—Llevo una hora detrás de ti, desde que llamaste, y ya he

comprobado que nadie te está siguiendo.

—Eso no importa —dijo ella, sin mirarle—. ¡Has debido decírmelo por la radio cuando yo te llamase!

—¿Qué importa, si nadie te vigila?

La espía rusa alzó la mirada hacia el espejo del bar, y vio reflejada en él la imagen de Cris Chieng. Detrás de éste, otros parroquianos del local, ocupando mesas. Había hombres y mujeres, solos o en parejas. También instalados ante el mostrador en sendos taburetes había dos hombres más, ambos asimismo tomando café. Uno de ellos leía el periódico, al parecer absorto.

¿Realmente nadie la estaba siguiendo? Marina decidió que ahora tenía todos los elementos para asegurarse de ello. Ya que Cris había provocado la situación no valía la pena lamentarse; había que sacarle partido, eso sí.

Volvió la cabeza y sonrió encantadoramente al chino de los ojos azules.

—En realidad me alegro de verte —dijo.

—Yo también —la miró intensamente Cris; acercó su taburete al de ella, le pasó un brazo por la cintura, y tras atraerla suavemente, la besó en un lado de la boca—. Marina, no he podido dormir pensando en ti.

—¿En qué sentido? ¿Preocupado, desconfiado, enfadado...? ¿O simplemente me deseabas?

—Me he enamorado de ti.

—Oh, no —le miró ella alarmada—. Eso no, Cris.

—¿Por qué no?

—Una cosa es bromear y otra cosa tomárselo en serio.

—¿De modo que bromeabas cuando hablábamos del pequeño Vladimir?

—Cris, por favor... Si quieres, nos acostamos juntos, pero no me digas que te has enamorado de mí.

—Pensé que también podía haber ocurrido a la inversa.

—No... No me he enamorado de ti. Claro que no. Me gustas, y si lo deseas, nos vamos ahora mismo a la cama, pero no hablemos de amor.

Cris Chieng se quedó mirando fijamente los verdes ojos de la espía rusa. Luego, desvió la mirada, encendió un cigarrillo y dijo:

—Acabas de hacerme comprender que no es nada agradable

utilizar el sexo como... herramienta. Y no te lo agradezco, porque hasta ahora yo lo hacía también de ese modo, y me iba bien. A partir de ahora ya no me gustará igual.

—Vamos, no digas tonterías.

—No creas que estoy diciendo que ya no utilizaré más el sexo si no interviene el amor..., pero no será lo mismo. Bien, ¿has averiguado algo respecto a los pasaportes?

—Todavía no, pero espero conseguirlo pronto: me han integrado en el grupo que va a llevar a cabo la operación. No sé en qué consiste.

—Pero los pasaportes forman parte de ella.

—Sí, sí, eso es seguro. ¿Tú no has conseguido saber nada al respecto?

—¿Yo? —Se pasmó Cris.

—Lógicamente, informarías al Lien Lo Pou de nuestro encuentro, y se me ha ocurrido que tus jefes sepan más que tú sobre lo que están tramando Ovorenko y su grupo.

—No, no saben nada.

—Mala suerte. ¿Cómo están las cosas con respecto a Ling Ho?

—Estacionarias. Mi jefe quería apartarme de este trabajo, pero me negué. Ya sé que puedes estar mintiéndome como una zorra, pero pienso correr el riesgo. Supongamos que en breve te enteras de lo que se está tramando con los pasaportes: ¿me llamadas por la radio para decírmelo?

—Hicimos un trato, ¿no? Claro que te llamaría.

—Bien. ¿Vas a tomar más café?

—No.

—Entonces, vamos a echar un par de polvos. Cuando venía hacia aquí vi un hotel adecuado. No es ninguna maravilla, pero servirá.

—¿Estás hablando en serio?

—Desde luego. Te amo y te deseo. Tú no me amas, pero dices que si quiero podemos hacerlo de todos modos. Pues vamos a hacerlo. Sería una estupidez por mi parte no gozar de ti aunque sea a tu modo y no al mío.

—De acuerdo —dijo inexpresivamente Marina Noborov—: vamos a echar un par de polvos.

La había penetrado ya tres veces, y no podía decir, ni mucho menos, que Marina Noborov fuese una frígida. Era, esencialmente, una mujer muy natural: habían llegado a la habitación del hotel, se habían desnudado y en seguida ella se había abrazado al cuello de Cris y le había besado en la boca, introduciéndole la lengua, con lo que él se había puesto en órbita a toda prisa.

En realidad la primera vez casi lo habían hecho de pie, abrazados y besándose en la boca. Sólo en el último instante Marina había apartado la boca, había suspirado fuertemente, y había caído de espaldas sobre la cama, arrastrando a Chieng con ella sin separarse ni un milímetro. Cuando ella explotó en la manifestación de su placer. Cris Chieng pensó que jamás volvería a tener en sus brazos una mujer de aquella vitalidad, de aquella capacidad torrencial de placer.

Se equivocó, porque la segunda vez todavía fue mejor. Y mejor la tercera, lanzados ya los dos a una vorágine de mutuas satisfacciones de intensidad indescriptible. Ahora, tras el último placer que los había unido. Marina suspiró, y le empujó un poco por los hombros.

—Tenemos que separarnos —susurró—. Llevamos mucho rato juntos. Y yo no puedo faltar tanto tiempo del almacén.

El se alzó sobre los brazos, sin abandonarla.

—Me pregunto cómo lo harías si además de gustarte como te gusta te hubieras enamorado de mí. Marina.

—Más o menos igual —rió ella; le acarició los hombros y el rostro—. Ha sido muy satisfactorio. Cris. Me costará olvidarte, pues eres el hombre que mejor me ha colmado.

—No eres muy romántica, ¿verdad? —jadeó él.

—Tengo que marcharme —murmuró ella, desviando la mirada.

El no dijo nada. Simplemente se apartó. Marina salió de la cama, ofreciéndole el bellísimo espectáculo de su desnudez, y se vistió rápidamente.

—Te llamaré —dijo, sin mirarlo y caminando hacia la puerta.

Cris Chieng la vio salir. La puerta se cerró. El chino-americano procedió a vestirse, lentamente. Se puso el chaleco, agarró la chaqueta..., y se volvió hacia la puerta que se había abierto

bruscamente.

No tuvo tiempo ni de parpadear.

Vio a los dos hombres, de modo muy especial al que estaba más adelantado que el otro, y que sostenía en la mano derecha una pistola provista de silenciador. Oyó perfectamente los ahogados estampidos de los disparos: plop, plop, plop.

Y mientras él saltaba hacia atrás lanzando la chaqueta al aire, la puerta se cerró, y Sulov y Cherilian quejaron en el pasillo. Sulov se guardó la pistola en la funda axilar, y murmuró en ruso:

—Ahora vamos a por ella.

CAPÍTULO VI

Marina recorrió el pasillo, miró la puerta que comunicaba con el almacén, y, tras titubear, la abrió y entró en éste. Se dirigió hacia el altillo sin encender luz alguna, pese a lo cual no tuvo ni siquiera un tropiezo, tal vez gracias al leve resplandor que se veía bajo la gran puerta procedente de la calle.

Subió al altillo, encendió la luz, y en el acto miró la caja de caudales; grande, vieja, solidísima. Se acercó a ella, se acuclilló ante la puerta, y examinó la marca. Sonriendo secamente, la espía rusa dejó a un lado su bolso, se frotó las manos y luego las yemas de los dedos, y comenzó a manipular en los mecanismos de apertura de la caja, colocada de costado, con un oído pegado a la gruesa puerta. Dentro de ésta, los engranajes se movían por el momento a ciegas, movidos por los sensibles dedos de la pelirroja, que se hallaba totalmente concentrada.

Tan concentrada que, lógicamente, no podía prestar atención a ninguna otra cosa. Sólo por eso pudo ser sorprendida con toda impunidad.

—Tienes un premio si consigues abrirla —sonó la voz de Ovorenko.

Esto sí tuvo que oírlo Marina. Se quedó quieta, y luego, muy despacio, todavía acuclillada, volvió la cabeza hacia la puerta del elevado despachito. Ovorenko la obsequió con una fría sonrisa, mientras Karamazof permanecía impávido. Por supuesto, ambos empuñaban una pistola con silenciador.

—¿Qué premio? —sonrió Marina.

—Admirable sangre fría —replicó Ovorenko.

—¿Por qué no? —se sorprendió ella—. Supongo que no vas a matarme sólo por tener curiosidad respecto a lo que estamos

planeando, Nastasi.

—A mi lo que me gustaría saber es lo que *estás planeando tú*. Para empezar, dime, ¿quién es el chino?

—¿Qué chino?

Ovorenko sacó con la mano izquierda una radio diminuta, la accionó y preguntó en el acto, en ruso:

—¿Habéis liquidado al chino?

—Desde luego. Lo cazamos de lleno. Ha quedado allá como un guiñapo. Todo bien. Nastasi. Estamos regresando.

—Bien. —Ovorenko cerró la radio—. Ya has oído. Fuese quien fuese, ya está muerto. ¿Quién era?

Marina Noborov estaba lívida. Se pasó la lengua por los labios, y cerró los ojos. Oyó los pasos acercándose. Ovorenko llegó junto a ella, se inclinó, metió la mano izquierda bajo la falda y le quitó la pistolita. Luego, la agarró de un brazo y la puso en pie empujándola acto seguido contra la pared.

—¿Quién era? —Gruñó.

—Cris Chieng, del Lien Lo Pou.

—¿Del Lien Lo Pou? —exclamó Ovorenko palideciendo—. ¿Qué significa esto? ¡No me digas que nos estás traicionando para colaborar con los chinos!

—Yo no estoy traicionando a la MVD, sino vosotros. Es decir, no vosotros, sino quien me utilizó a mí. Vosotros no sois de la MVD. Pero sí lo es el hombre que recurrió a mí para asegurarse de que los pasaportes llegarían a vuestras manos. Recurrió nada menos que a Marina Noborov: había que asegurar el éxito del trabajo. Y me engañó. Es decir, que él sí es un traidor. Pero vosotros... ¿qué sois vosotros, quiénes sois vosotros?

—Vaya —sonrió mordazmente Ovorenko—. ¡Se diría que eres tú quien está controlando la situación, cariño!

—Sé que vosotros y el traidor vais a hacer algo que oficialmente, de llegar a saberse, sería atribuido a la MVD, o todavía más ampliamente, a Rusia. ¿Qué estáis tramando con esos pasaportes que el traidor consiguió en Moscú?

—Escucha, encanto —dijo Karamazof—, ¡eres tú quien tiene que explicarnos cosas a nosotros, no nosotros a ti! De modo que dinos quién es ese Chieng y qué relación había entre vosotros.

—Y esta vez queremos la verdad..., incluido lo que pasó con

Koriev.

—Está bien... ¿Puedo fumar? —señaló su bolso caído en el suelo junto a la caja fuerte.

Ovorenko lo recogió, lo abrió, metió la mano dentro, y no encontrando arma alguna lo tiró a las manos de Marina. Ésta sacó el paquete de cigarrillos, y extrajo uno de ellos, dejando otro parcialmente salido...

* * *

Bip-bip-bip bip-bip-bip...

El zumbido seguía sonando, como algo lejano, algo que entraba en sus oídos de un modo furtivo y discreto. Pero estaba allí, levemente audible más presente y vigente.

Finalmente. Cris Chieng abrió los ojos, y se quedó mirando el techo. Un segundo más tarde lanzaba una exclamación y se sentaba velozmente en el suelo. Apenas pudo contener el grito de insoportable dolor que experimentó en el pecho, sobre la zona del corazón y un poco más a la izquierda, hacia el costado...

Bip-bip

bip-bip-bip... seguía sonando la radio.

Cris la sacó del bolsillo, admitió la llamada, y se quedó con la boca abierta a punto de preguntar, porque en el acto oyó la voz de Marina Noborov, hablando en inglés:

—... Golpe que lo mató en el acto. En seguida Chieng se quedó con la pistola de Koriev, así que me controló. Me obligó a buscar un sitio donde pudiéramos hablar y esconder el cadáver de Koriev, y quiso ver mi equipaje...

Chieng sacudió la cabeza. Estaba oyendo a Marina Noborov explicando a alguien lo que había sucedido cuando ellos se conocieron. Bien. O sea, que diría que se habían aliado y todo eso. ¿A quién podía decírselo? Pues, estaba muy claro: a Ovorenko y su pandilla. El había reconocido en el acto a Sulov y Cherilian cuando habían entrado en la habitación. Es decir, que habían querido simplemente eliminarlo y ahora la estaban interrogando a ella.

Se puso en pie, se quitó la ropa de cintura para arriba, y fue a mirarse al espejo del lavabo. Dos tremendos hematomas, uno sobre el corazón y otro más a la izquierda, señalaban los puntos donde

habían impactado las balas, dos juntas y otra más desviada. Si no hubiera tenido la precaución de ponerse el chaleco antibalas desde que Sao To le dijo que estaba en peligro, ahora ya estaría muerto.

No sabía cuánto rato había estado sin sentido, pero debía ser bastante. Y seguramente tenía rota una costilla o dos. Y desde luego le dolía el pecho de un modo bestial. Se echó agua a la cara. Mientras se secaba a medias seguía oyendo, lejana, la voz de Marina Noborov explicando lo sucedido.

Regresó a la habitación, y procedió a vestirse de nuevo, colocándose con ciertas precauciones el chaleco antibalas. Podía localizar a Marina en cuanto quisiera: seguro que Ovorenko la tenía en el almacén de la calle Dreyden, cerca de los muelles. Y ahora ya no tenía por qué simular que ignoraba el asentamiento de esta guarida de Ovorenko y sus perros.

Ahora sabía ya con toda certeza que Marina Noborov no le había mentado. Era muy fácil de comprender: la habían capturado tras verla con él, la estaban obligando a hablar. Si ella estuviese hablando por propia voluntad no tenía sentido: todo lo que hubiera querido decirles voluntariamente lo habría dicho ya la noche anterior, no ahora, forzada por las circunstancias.

—¡De modo que te confabulaste con un maldito chino! —Oyó la rabiosa frase de Ovorenko.

—Tu madre —dijo Chieng, haciendo un corte de mangas.

Recogió la radio y se dirigió hacia la puerta...

—Me alié con él, aunque con ciertas reservas —decía Marina—. Pero ya veo que podía confiar más en él que en vosotros. Y os diré algo más: estáis locos si creéis que podréis llevar a cabo la operación, sea cual sea, sin que la MVD termine por cazaros. Vosotros no sois más que unos piojosos que...

Sonó nítidamente en la radio el chasquido de una bofetada, al mismo tiempo que la nueva exclamación de rabia. Cris oyó el sonido del cuerpo de Marina Noborov al caer al suelo. Luego, su contenido gemido y el fuerte bufido de un hombre.

La estaba pateando. ¡La estaban matando a patadas...!

Salió de la habitación disparado, y en cuestión de segundos llegaba al vestíbulo, y acto seguido a la calle. Cerró la radio, la guardó, y corrió hacia donde había dejado su automóvil, a cinco manzanas de allí. Un taxi oportunísimo le resolvió el problema de

tiempo, cansancio y el de organizar un *show* lanzándose a correr por las calles.

Se hizo llevar adonde había dejado su coche, se metió en éste, y lo primero que hizo fue sacar la pistola de la guantera y metérsela en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Acto seguido puso en marcha el coche, y condujo a toda la velocidad que el tráfico y sus reglas permitían hacia el gran almacén cerca de los muelles.

Sacó la radio, y volvió a enlazar. Ahora no oía nada. Es decir, sí, oía... un rumor inconcreto. La radio estaba abierta, desde luego, pero nadie hablaba cerca de ella. No podía identificar aquel rumor. En realidad ni siquiera era un rumor, era... como el palpitir de silencio.

Veinte minutos más tarde Cristopher Chieng entraba en el almacén por una de las ventanas que daban al patio interior. Y supo en seguida que se hallaba en un lugar abandonado. Cinco minutos más tarde se convencía de ello: no había nadie en el almacén, ni en ninguno de los dos apartamentos de arriba. Y ni rastro de Marina Noborov.

De ella no quedaba allí ni una prenda de ropa, ni una maleta, nada.

Cris Chieng utilizó el teléfono para ponerse en contacto con Sao To que tardó un poco en ponerse, pues estaba atendiendo la cocina de su restaurante, nada extraño al mediodía, ciertamente.

—¿Qué ocurre, Cris?

—Ovorenko y sus hombres han abandonado el almacén de la Dreyden Street. Y se han llevado con ellos a la rusa.

—No sé si te comprendo.

—¡Que han descubierto que ella y yo estamos aliados! La han pateado, y se la han llevado. Y a mí me han disparado Sulov y Cherilian. Sao To ¡la han matado o la van a matar si yo no lo impido!

—¿Y cómo vas a impedirlo?

—Se me ocurre perfectamente el sitio adonde Ovorenko puede haber llevado a Marina.

¡Y si ella está viva la sacaré de allí!

—Tranquilízate.

—Tienen que haberla llevado con Ling Ho. Así que ha llegado el momento de meterle mano.

—¿A quién? —Respingó Sao To—. ¿A Ling Ho?

—Claro.

—¡No seas loco! Escucha. Cris, ven a comer, y hablaremos de...

Cris Chieng colgó el auricular furiosamente. No le importaba absolutamente nada de lo que pudiera decirle Sao To. Lo único que le importaba en aquellos momentos era localizar cuanto antes en cualquiera de sus madrigueras al viejo y asqueroso zorro llamado Ling Ho.

* * *

Como mínimo debía pesar ciento veinte kilos, lo que resultaba gravísimo considerando que su estatura ni si quiera alcanzaba el metro sesenta... Era como una bola de carne enorme a la que encima hubieran colocado otra bola reluciente provista de dos diminutos ojos negrísimos e increíblemente móviles.

—Usted llegó aquí sin sentido, señorita Noborov —decía en aquel momento, en inglés—, así que segura mente no sabe dónde se encuentra. Yo se lo voy a decir: se encuentra a bordo de un barco especial donde nadie podrá encontrarla jamás. ¿Me está comprendiendo?

Marina aspiró lentamente, y miró alrededor. Delante de ella estaba el chino gordísimo, junto a éste se hallaba Ovorenko, y detrás de éste, dos de sus compinches, Cherilian y Sulov. Y todos se hallaban como encerrados en una caja que parecía metálica; posiblemente uno de los compartimentos de carga de un barco. Había una puerta a espaldas de los cuatro hombres. Ella estaba tendida en el suelo, y le dolía todo el cuerpo.

Había que aceptarlo: la habían cazado.

Miró directamente los ojos relucientes del chino, y preguntó:

—¿Usted es Ling Ho?

—En efecto —sonrió el sapo reluciente—. Entiendo que un chino le habló de mí. Y ni siquiera haría falta que mis amigos me dijeran su nombre, pues sólo conozco a un chino con los ojos azules. Es una lástima que un hombre tan atractivo como Cristopher Chieng haya fallecido. Aunque ya hacía un tiempo que se lo estaba buscando. Era muy fastidioso verlo siempre espiándole a uno en tonterías.

—Los novatos no pueden hacer cosas geniales —replicó Marina.

—¿Es usted una veterana, señorita Noborov?

—Sí. Y no se fié de mi aspecto juvenil.

—No pienso hacerlo. Bien, ha sido muy desafortunada la intervención de Chieng. Digamos que le ha complicado mucho las cosas a mi amigo Nastasi. Si las cosas hubieran transcurrido por cauces normales usted seguramente habría sido eliminada sin más dilaciones, pero ahora no vale la pena precipitarse. Ya ayer Nastasi sospechó de usted, y decidió tenerla... en observación. Una actitud muy inteligente por parte de Nastasi.

—Ella debió creer que la conservaba sólo para tirármela —sonrió Ovorenko.

—Sí, seguramente. Las mujeres están dispuestas a creer todo lo que signifique halago para ellas. ¿No está de acuerdo, señorita Noborov?

—Es usted un cretino —replicó Marina.

—Ya, ya, ya. Entiendo, pues, que usted no es de esas mujeres, sino realmente inteligente. O sea, que comprendió que Nastasi la tenía en observación... pese a lo cual se citó con Chieng. ¿No le parece absurdo?

—No me cité con él: él se reunió conmigo, que no es lo mismo. Mis intenciones eran otras.

—Ah, eso me convence más. Bueno, en cierto modo le estamos agradecidos a usted, pues ha servido para clarificar las posiciones y para convencernos de que el Lien Lo Pou nos había tomado en serio. Eso, naturalmente, nos permitirá tomar nuestras medidas. O sea —sonrió Ling Ho— que usted, en cierto modo, nos ha sido de utilidad.

—Espero que sepan ser agradecidos.

—¡Por supuesto! —rió el gordísimo—. Le vamos a dejar elegir en algo que generalmente no consultamos a nuestros enemigos. Dígame: ¿cómo le gustaría morir?

—De vieja.

—Me parece que eso tardaría mucho —rió de nuevo Ling Ho—. Usted me resulta simpática. Oh, no tema, no estoy iniciando un acercamiento sexual. Es que, ¿sabe?, mis condiciones físicas, o por mejor decir, morfológicas, no me permiten esta clase de expansiones. Con ello quiero significar que mi simpatía hacia usted es absolutamente genuina, incluso me gustaría prolongar su vida

para que me hiciera reír. Sería usted un bufón de lo más original, ¿no le parece? Pero, en fin, lamentablemente debemos ser expeditivos, eliminarla rápidamente y ocuparnos de nuestras cosas. De modo que aprovéchese usted de mi simpatía eligiendo la muerte que le parezca menos... desagradable.

—Me gustaría morir de placer.

Ling Ho torció el gesto.

—Ya veo que no se toma en serio la situación. Y no sé cómo interpretarlo: puede ser que sea usted una valiente, una inconsciente, una convencida de que alguien la va a salvar del apuro, una... ¿Sí. Nastasi?

Éste, que le había hecho una seña a Ling Ho, puso una mano en un hombro del redondo chino, y pareció empujarlo rodando apartándolo del alcance auditivo de la espía.

Le cuchicheó unas palabras al oído, y entonces Ling Ho se irguió como pudo y se dio una grotesca palmada en la frente, exclamando:

—¡Pero cómo no se me ha ocurrido a mí! ¡Claro que sí, Nastasi, claro que sí, amigo mío! ¡Qué idea tan espléndida!

—En realidad es sencilla y muy lógica —se ufano modestamente Ovorenko.

—Sí, sí, sí, pero hay que pensar para obtenerla, hay que estar al cuidado siempre de lo que se está haciendo. ¡Magnífica idea, magnífica! Por supuesto está aceptada. Está usted de suerte, señorita Noborov: gracias a Nastasi va a prolongar su vida.

—Me pregunto si valdrá la pena —murmuró Marina.

—Ésa es otra cuestión —sonrió Ling Ho con su rostro de enorme luna llena—. Sí, realmente, ésa es otra cuestión. Y ahora discúlpenos, pero tenemos todavía muchas cosas que hacer antes de zarpar.

—¿Adónde iremos?

—Ciertamente no al paraíso —replicó Ling Ho—. Aunque tal vez sí. En realidad, todo depende de las creencias de cada uno. ¿Usted cree en el paraíso?

—Si no está en este mundo, no.

—Agudísima y más que razonable respuesta, a mi entender. Venga, señorita Noborov: la llevaremos a su alojamiento definitivo. No tendría sentido que cuando emprendamos el viaje usted estuviera aquí sola. Venga, venga... Y por favor, nada de intentos

heroicos de fuga: este barco está lleno de hombres a mi servicio, y si usted causa problemas lo único que conseguirá será irritarme. ¿Me comprende?

—Sí.

—Entonces, acompañeme en paz y mientras esté viva nadie la molestará. Venga, venga...

Abandonaron el compartimiento de carga, saliendo a un pasillo. Uno de los varios que recorrieron hasta llegar al lugar elegido por Ling Ho: la zona inferior de carga, cuya compuerta del pasillo abrieron los rusos que acompañaban al locuaz chino.

Hubo, por un instante, como un torrente de voces, que cesaron de súbito o poco menos.

Un instante más tarde, al mirar al interior de la zona de carga, Marina Noborov veía los rostros de hombres y mujeres vueltos hacia ella. No menos de cien rostros entre hombres y mujeres. Cien personas metidas en aquella caja metálica de amplitud más que suficiente para contenerlos..., pero como encerrados en un solidísimo camarote. Había en todos los rostros, sin excepción, una crispación, un temor, un anhelo. Había hombres y mujeres de todas las edades de las comprendidas entre veinticinco y cincuenta años.

Marina miró a Ling Ho, y preguntó:

—¿Son ellos los que van a utilizar los ciento dos pasaportes rusos?

Ling Ho sonrió de un modo sencillamente estremecedor, y dijo:

—Ahora serán ciento tres, señorita Noborov. Feliz viaje... hasta que termine.

Marina fue empujada, y la puerta metálica se cerró con estruendo a sus espaldas.

CAPÍTULO VII

Tras el estruendo metálico el silencio resultó todavía más notable y horrible. Era un silencio como hecho de hierro y humedad.

Todas las miradas estaban fijas en la espía rusa. Había algo... insólitamente siniestro, o triste, o extraño, en aquella reunión de personas. Había algo indefinible, y quizá fue eso lo que hizo equivocarse a Marina Noborov.

—¿Ya les han tomado las fotografías para los pasaportes? —preguntó, en ruso.

Un hombre cercano a ella frunció el ceño y dijo, en inglés:

—Usted sabrá de qué está hablando.

Algo no encajaba. Como pocas veces en su vida la espía se estaba equivocando. Estaba totalmente desconcertada.

—¿No son ustedes rusos? —preguntó—. ¿Son americanos?

—Según parece —le replicó el mismo hombre—, aquí no hay más rusa que usted. —De modo que son americanos... Antes les he preguntado si les han tomado las fotografías para los pasaportes.

—Así es. ¿No lo sabe? ¿No es usted de ellos?

—No... No. Si he de serles sincera no sé lo que está pasando exactamente. ¿Alguno de ustedes sería tan amable de decírmelo?

—Oiga, que nosotros nos aclaremos —se adelantó un hombre de unos treinta años, de aspecto más bien agresivo—: ¿quién es usted y qué pinta en todo esto? Porque si es rusa no entendemos que usted no entienda lo que está pasando. No sé si me explico.

—Se explica usted —asintió Marina—. En cuanto a mí, soy rusa y pertenezco al espionaje ruso...

—Igual que los demás rusos que hay en el barco y que...

—No, señor —le interrumpió Marina—, nada de eso. Es cierto que en el barco hay hombres rusos, pero no pertenecen a mi

servicio secreto. Son gente de otros niveles que están actuando por su cuenta utilizando traidores rusos y chinos a su vez traidores al Lien Lo Pou. Escuchen, esto sería un poco complicado para ustedes, aunque lo explicase con todo detalle. ¿Por qué, simplemente, no me dicen qué significa todo esto?

—No lo sabemos. Todos nosotros hemos sido secuestrados, en diferentes puntos de los Estados Unidos. Es algo increíble, se lo juro.

—¿Por qué es increíble?

—Me refiero al modo en que hemos sido secuestrados, prácticamente todo igual: de repente, nos quedábamos dormidos, y cuando despertábamos estábamos dentro de un camión o cualquier otro vehículo, viajando, hasta que finalmente nos han metido en este barco, escondidos en cajas, embalajes y cosas así.

—¿Se dormían de repente? ¿Siempre en sitios cerrados y cuando se hallaban solos... o creían hallarse solos?

—Así es. Hemos conversado sobre esto, naturalmente y es lo que usted dice. Y no comprendemos...

—Les narcotizaron con gas. Es muy sencillo: hay unas cápsulas de gas narcótico que funcionan instantáneamente. Uno se queda dormido en fracciones de segundo, sin darse cuenta de nada. Está despierto..., y luego, simplemente, despierta sin tener ni idea de lo que ha ocurrido.

—¡Eso me ocurrió a mí! —exclamó una de las mujeres.

Varias personas más se unieron a esta afirmación. Marina todavía no comprendía, no terminaba de encajar las piezas. Se había convertido en el centro de atención de aquellas personas secuestradas, que esperaban por parte de ella una explicación y hasta, posiblemente, una idea genial o un milagro que los liberase a todos.

—No puedo saber con exactitud qué pretenden nuestros captores —dijo, pensativamente—, pero sí entiendo las cosas tal como están hasta ahora. Todo se reduce a que esa gente piensa utilizarlos a ustedes como si fuesen ciudadanos soviéticos. Para eso los han secuestrado y tomado las fotografías para pasaporte. Cada uno de ustedes ha sido asignado a un pasaporte ruso al cual colocarán su fotografía y el sello. Uno de esos hombres hizo una lista de nombres y características de los pasaportes, y cada uno de éstos se le asignará al que más se adapte a las descripciones del pasaporte. Por

ejemplo, si uno de los pasaportes dice que su usuario es de Moscú, que tiene treinta años, y que su profesión es oficinista en cualquier modalidad, pueden elegirlo a usted, que da el tipo. Si en uno de los pasaportes de mujer se menciona que la mujer tiene veinticinco años, es rubia, y mide metro sesenta y cinco la elegirán a usted —señaló Marina ahora a una mujer—, y así sucesivamente. ¿Comprenden?

—Sí —parpadeó la mujer rubia—. Pero... ¿qué pretenden con todo esto?

—No lo sé. De verdad que no lo sé..., pero sí sé que no puede ser nada bueno. Y también sé que pronto zarparemos. Es decir —reflexionó—, que se llevan de los Estados Unidos a ciento dos norteamericanos como si fuesen ciento dos ciudadanos rusos...

Y de pronto. Marina Noborov supo que aquellas ciento dos personas estaban condenadas a muerte. Igual que ella. Si a ella querían matarla, y la habían llevado allí diciendo que ahora serían *ciento tres* en lugar de ciento dos significaba que pensaban matarla, pero con provecho, es decir, añadiendo una víctima más a sus planes.

Exacto: una víctima más que además, según su pasaporte que se había quedado Ovorenko, también era rusa. Habían decidido no matarla directamente y en el acto para incluirla en el lote. Un lote compuesto por ciento dos ciudadanos norteamericanos que parecerían rusos, y una auténtica rusa...

Los pasaportes. Para que el truco diese resultado alguien tenía que encontrar los ciento tres pasaportes rusos cuando encontrase a los ciento tres prisioneros. Y ciertamente, éstos no podrían decir que no eran rusos, ya que estarían muertos. Claro que si las autoridades norteamericanas encontraban los cadáveres podría obtener sus huellas digitales, y aunque fuese un pequeño porcentaje serían identificados como los ciudadanos Tal y Tal norteamericanos, gracias a los archivos del FBI y de la CIA así que... No. No iban a correr este riesgo; lo cual significaba que cuando los ciento tres cadáveres fuesen hallados estarían tan... deteriorados que no podrían ser identificados directamente, sino sólo por medio de los pasaportes, que éstos sí serían hallados en suficiente buen estado.

¿Y cómo iban a deteriorar a ciento tres personas hasta ese punto? La respuesta era solamente una: el fuego. Iban a incendiar el

barco con todos dentro, asegurándose de que morirían prácticamente carbonizados. Así que las autoridades norteamericanas encontrarían ciento tres cadáveres carbonizados... y ciento tres pasaportes rusos en otro lugar del barco...

—Oiga... ¡Oiga! —Marina se dio cuenta de que un hombre la estaba zarandeando por un brazo—. ¿Qué le ocurre?

La desorbitada mirada de la espía se posó en el hombre, que parecía no poco asustado. ¡Y eso que no tenía ni idea de lo que se les había preparado a todos! Aunque... ¿con qué objeto? ¿Qué pretendían Ovorenko. Ling Ho y el traidor de Moscú ofreciendo ciento tres cadáveres de ciudadanos rusos? Ciento tres cadáveres carbonizados, que serían hallados en una bodega, ¿qué podían significar?

Por fin. Marina parpadeó, tragó saliva, y murmuró:

—Nada... No me ocurre nada.

* * *

¿Qué podía ocurrirle?

Ésta era la pregunta: ¿qué podía ocurrirle si le cazaban dentro del barco? Pues, sencillamente, lo matarían, como ya habían pretendido hacer en el hotel. Muy bien, le matarían. ¿Y qué?

No es que la idea le gustase, pero todavía le gustaba menos la idea de que Marina estaba dentro de aquel barco y que si él no hacía algo no iba a volver a verla jamás. De todas las perspectivas de vida que pudiera tener Cristopher Chieng ésta era la que menos le gustaba: no volver a ver nunca a Marina Noborov. Se había enamorado como un loco de la rusa, y punto.

Se fijó en el nombre del viejo barco en el que había visto a Karamazof utilizando los prismáticos sin salir del coche: «Orpheo». ¡Vaya nombre para un viejo barco de carga que debería estar ya en el fondo del mar!

Había visto una vez a Karamazof, dos veces a Ovorenko, y a varios chinos, pero nunca a Ling Ho. Sin embargo, tenía la certeza de que el porcino Ling Ho se hallaba en el «Orpheo». De lo que no estaba tan seguro era de que también Marina estuviera a bordo.

Aunque... ¿en qué otro lugar podía estar si Ovorenko estaba allí? A menos, claro está, que Ovorenko hubiera matado a Marina,

se hubiera desembarazado de su cadáver en cualquier parte, y ahora estuviera visitando a Ling Ho en el viejo carguero.

Al pensar que Marina podía estar muerta. Cris Chieng sintió como si dentro del estómago se le formase un bloque de hielo. Recordaba los sonidos percibidos por medio de la pequeña radio, cuando comprendió que Ovorenko la había pateado, y entonces sentía que aquel bloque de hielo se convertía en lava hirviente. En definitiva. Cris Chieng se sentía muy mal, y había tomado ya una decisión: se iba a cargar a Ovorenko y a Ling Ho, y, si Marina todavía estaba viva y en el «Orpheo» la iba a sacar de allí. ¡Eso iba a hacer! Ni más ni menos.

De modo que había que actuar. Lo había preparado todo de manera que el «Orpheo» jamás pudiese escapar, pero él personalmente se iba a encargar de Ovorenko y Ling Ho. Vaya que sí. Lo iba a hacer. Les iba a demostrar la gran cantidad de mala leche que puede llegar a tener un chino. Aunque Ling Ho ya debía saber de eso, claro.

«Pero yo —pensó Chieng— tengo más mala leche que él y que cualquier chino, porque tengo la mala leche china y la mala leche americana... Y soy menos tonto de lo que yo mismo creía».

Quería entrar en el barco a ser posible sin alboroto, y para ello había ideado un plan que no podía ser más sencillo: se había vestido con unos viejos pantalones, un jersey, zapatillas deportivas, y, además, se había procurado unas lentillas de contacto que ocultaba el color azul de sus ojos. Resultado: parecía un chino normal y corriente, de los muchos que hay en Estados Unidos.

De esta guisa. Cris Chieng repasó su actuación, se dijo que todo estaba en orden, y se dirigió hacia el «Orpheo» con muy duros objetivos: cargarse a Ling Ho y Ovorenko y rescatar a Marina Noborov.

Llegó a la pasarela que unía el viejo barco con el muelle, subió por aquélla, y alcanzó la cubierta. Allí, un chino con cara de malas pulgas le cortó el paso.

—¿Busca a alguien, amigo? —le preguntó en inglés.

—A tu puta madre —le replicó Chieng, en chino—. ¿Qué te pasa? ¿Ya no es Ling Ho el jefe, ahora lo eres tú?

—¿Buscas a Ling Ho? —Gruñó el otro, indeciso entre agredir o no al visitante.

—Tengo cosas importantes que resolver con Ling Ho y con Ovorenko. ¿Quieres que te lo diga cantando, piojoso? Aparta si no quieres que te aplaste los huevos de un rodillazo. En el supuesto de que tengas huevos, claro.

El otro apretó los labios, indeciso todavía. Chieng le puso una mano en el pecho, y lo apartó con gesto despectivo, dirigiéndose hacia la entrada a los camarotes del carguero. Ahora no había ningún ruso a la vista, y solamente, hacia proa, había dos chinos, mirando al recién llegado y al otro. Chieng, simplemente, entró y se lanzó escaleras metálicas abajo.

Casi se dio de narices con Sulov, que estaba allí de pie, aburrido, fumando un cigarrillo. Sulov lo miró, frunció el ceño, abrió la boca, parpadeó, y de pronto expresó sobresalto y reconocimiento. Cris Chieng sacó la navaja que llevaba empuñada dentro del bolsillo, hizo salir la hoja, y la hundió con seco, breve y salvaje golpe en el bajo vientre del ruso, que lanzó un estertor escupiendo el cigarrillo, y desorbitó los ojos. Chieng retiró la navaja, y volvió a hundirla con una furia tremenda. Sulov estaba lívido como si estuviera muerto. El tercer navajazo le llevó contra el tabique, contra el que lo sujetó Chieng. Vio la puerta al lado, llevó allá a Sulov como si éste fuese un extraordinario muñeco, abrió la puerta, y lo tiró dentro, entrando tras él.

Era un compartimiento estanco, vacío. Olía a moho, a óxido, a viejo, a podrido. Sulov había caído, y no se movía. Chieng se miró la mano llena de sangre, y en su rostro apareció un gesto entre asqueado y sorprendido.

«Qué barbaridad, qué asqueroso es esto de matar a navajazos».

Oyó los gritos y las resonancias metálicas, y supo, intuyó con una nitidez absoluta, que el chino de la puta madre y los otros dos bajaban tras él, así que cerró la puerta del compartimiento, quedando a oscuras. Nada de perder tiempo y correr riesgos liquidando a unos pelagatos, nada de eso: él estaba allí para cargarse a Ovorenko y a Ling Ho, y sólo después de que los hubiera eliminado a ellos se complicaría la vida con otros sujetos.

Ahora no oía nada. No tenía ni idea de lo que pudiera estar sucediendo fuera del compartimiento. Estaba a oscuras y en silencio. Perdió la noción del tiempo, pero supo que no había transcurrido mucho cuando comenzó a percibir el trepidar del

barco. Zarpaban. Se llevaban el barco con él dentro, Ling Ho, empleado en la compañía naviera, debía tener sus planes con aquel barco, lo estaba utilizando para algo..., y ahora, además, se lo llevaban a él a mar abierto, para asegurarse de que no podría escapar.

«No lo entendéis —pensó—: yo no quiero escapar, sino cargarme a esos dos, por lo menos».

Era extraño que no registrasen aquel compartimiento en busca de Sulov. Quizá creían que el ruso también le estaba persiguiendo por el barco... En cualquier caso, lo que no podía hacer era quedarse allí dentro todo el tiempo, pues acabarían por encontrarlo. Debía tomar la iniciativa, y ser él quien encontrase a Ling Ho y Ovorenko.

De modo que salió del compartimiento al pasillo, en el cual no había nadie. Caminó quizá unos quince metros antes de oír voces de varios hombres, y la resonancia de sus pisadas. Es decir, que le estaban buscando masivamente.

A su derecha vio un hueco con más escaleras metálicas descendientes, y se lanzó por ellas sin vacilar. Oyó gritos y carreras de pies, y él también corrió. Durante tres o cuatro minutos, estuvo corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando escaleras metálicas, siempre procurando hacer el menor ruido posible. De cuando en cuando oía voces que parecían llegar como retorcidas tras recorrer pasillos y huecos del oxidado barco.

Y de pronto, al salir a un amplio pasillo, vio a menos de seis metros de él, de pie ante una gran compuerta, a Cherilian y a un chino. Ambos estaban vueltos hacia la compuerta, observando el negro humo que salía por las desajustadas juntas. El chino dijo algo, volvió la cabeza, vio a Chieng y en su rostro apareció una mueca de pasmo. Chieng sacó la pistola, provista ahora de silenciador, y disparó.

Al mismo tiempo que la bala perforaba la frente del chino Cherilian, que había captado su gesto, se volvía a mirar. Vio a Chieng, lanzó una exclamación de sobresalto, y metió la mano derecha bajo la axila izquierda...

Plop, plop, disparó Cristopher Chieng.

El ruso recibió una bala en la cabeza y otra en el estómago, y saltó aparatosamente hacia atrás, por encima del cadáver del chino.

Chieng se acercó rápidamente a ambos, movió la cabeza, y miró el humo. Lo que faltaba: ahora había fuego en el barco. Pensó en la actitud de Cherilian y el chino, y le sorprendió. ¿Por qué tanto interés por el humo en lugar de abrir para comprobar las causas del fuego, por si podían controlarlo directamente con algún extintor de mano?

Sin más consideraciones, Cris Chieng abrió la compuerta de la zona de carga..., y antes de que pudiera darse cuenta una pantera pelirroja había caído sobre él, en un salto lleno de ímpetu que le derribó al suelo del pasillo. La mano izquierda de Marina Noborov sujetó la muñeca derecha de Cris, desviando así la trayectoria del posible disparo, y la derecha se alzó sobre su frente, como una cuchilla.

—¡Estás viva! —aulló Chieng.

La espía rusa quedó con la mano en alto.

—¡Cris! —exclamó—. ¡Estás vivo!

—¡Me estás haciendo polvo las costillas que tengo rotas!

Marina se puso en pie rápidamente, abandonando su postura a horcajadas sobre el pecho de Cris, que se puso a su vez en pie rápidamente, haciendo gestos de dolor. Iba a decir algo cuando, detrás de Marina, por la abierta compuerta, vio aquella gran cantidad de personas que les contemplaban a ambos con los ojos muy abiertos.

—Quítales las armas —dijo Marina.

—¿Qué?

—¡Las armas! ¡Al ruso y al chino! ¡Vamos, Cris...!

—Pero toda esta gente...

—¡Ya te lo explicaré!

CAPÍTULO VIII

En el oxidado camarote que alguna vez fuera del capitán del carguero «Orpheo» el chino Ling Ho, sentado ante la mesa, había extendido sobre ésta el mapa. Junto a él, de pie, estaba Nastasi Ovorenko. Al otro lado, dos chinos armados, con expresión vigilante, preocupada. Sabían que por lo menos un intruso había entrado en el barco, motivo por el cual Ling Ho había dado la orden de zarpar, anticipándose al horario previsto.

—La cuestión es —había dicho Ling Ho— si ese intruso está solo o forma parte de un grupo. La lógica nos indica que tiene que formar parte de un grupo, pues de lo contrario sería un loco. De modo que vamos a zarpar inmediatamente para que nadie pueda escapar del barco. Y si nos persiguen..., pues quizá será mejor para nuestros planes.

Planes que estaban relacionados con el mapa extendido ante él y sobre los cuales comentaba con Ovorenko.

—Hay cuatrocientas millas desde aquí al límite de las aguas mexicanas, lo que significa como mínimo un día de navegación. Si el intruso que tenemos en el barco ha venido solo no hay problema, pero si cuenta con amigos es casi seguro que no nos dejarán llegar a aguas mexicanas. Pueden cortarnos el paso de muchas mane ras: lanchas, helicópteros, barcos, guardacostas... Si tal cosa sucede nos habrán estropeado el plan, pero se lo haremos pagar hundiendo el barco con los falsos rusos... Si todo va bien, si conseguimos llegar a aguas mexicanas, la lancha nos estará esperando en el sitio convenido...

—Las dos lanchas —puntualizó Ovorenko.

—Naturalmente —asintió Ling Ho—. Una lancha para sacarnos a nosotros del barco, y otra lancha... ¿Qué ha sido eso?

Los dos miraron hacia la puerta, pero diciendo ya Ovorenko:

—No hay cuidado: he dejado a Karamazof especialmente al cuidado de esa puerta. Sigue.

—Bien, el planteamiento es el mismo, y tiene que dar resultado..., siempre y cuando consigamos llegar a aguas mexicanas. En éstas, sabemos el punto donde suele haber dos lanchas guardacostas vigilando los límites. Antes de esos límites, nosotros pasaremos a la lancha de escape, y dejaremos que el barco siga navegando al encuentro de la zona de vigilancia mexicana. Las dos lanchas habituales que controlan ese límite verán en determinado momento el «Orpheo» y naturalmente se interesarán por él, ya que no estará navegando en aguas internacionales, sino muy cerca de la costa mexicana, en aguas claramente territoriales. Entonces será cuando aparecerá la lancha guardacostas de los Estados Unidos persiguiendo al «Orpheo».

—Lancha que ya tenemos, naturalmente.

—Naturalmente. Tenemos esa lancha arreglada, pintada y presentada como si fuese una auténtica pieza del sistema de vigilancia costera de la US. Coast Guard. Es decir, que los patrulleros mexicanos verán lo siguiente: un barco norteamericano en aguas mexicanas, muy cerca de la costa, perseguido por una patrullera norteamericana, la cual, al divisar a su vez a las dos lanchas mexicanas disparará contra el barco «Orpheo», que se incendiará y, de modo irremediable, se hundirá. La lancha guardacostas norteamericana emprenderá la fuga, a todos los efectos. Los mexicanos nunca sabrán que esa lancha guardacostas será falsa, y que tras alcanzarnos a nosotros, sus ocupantes serán recogidos, esa lancha llevada a zona profunda, y hundida de modo que jamás pueda ser rescatada. Por mucho que los norteamericanos quieran luego negar haber tomado parte en el hundimiento del «Orpheo» no serán creídos: para todo el mundo, los norteamericanos, tras perseguir al «Orpheo» y alcanzarlo ya en aguas mexicanas, lo habrán hundido a cañonazos.

—Y cuando el «Orpheo», que habrá sido hundido en aguas poco profundas, sea examinado y hasta posiblemente rescatado, se encontrarán los cadáveres de ciento tres personas encerradas en una zona de carga..., y en este camarote, en bolsas impermeables adecuadas, los correspondientes pasaportes rusos —terminó

Ovorenko—. O sea que el mundo entero sabrá que los Estados Unidos de América habrá asesinado a ciento tres rusos. Mientras tanto, la MVD estará ya al corriente de que esos pasaportes rusos extraídos de sus archivos de material para acciones diversas, ha sido utilizado para conferir personalidad a personas que NO SON RUSOS. La MVD sabrá la verdad, pero no creo que se molesten en decirla para beneficiar a los Estados Unidos diciendo que el mundo que éstos están siendo víctimas de algún extraño complot. Así que dejarán que el mundo entero siga creyendo que Estados Unidos habrá asesinado a ciento tres rusos que huían. ¡La de explicaciones que pedirá Rusia a Estados Unidos!

—Y Estados Unidos a Rusia —sonrió Ling Ho— pues Estados Unidos sabrá perfectamente que no habrá sido una de sus lanchas guardacostas la que habrá hundido al «Orpheo». ¿Y qué pasará entonces...? Pues pasará que saldrá a la luz que un tal Ling Ho, chino de raza y nacimiento, estaba involucrado en el asunto, y entonces Estados Unidos se enfadará también con China. Y mientras unos y otros están enfadándose cada vez más nosotros estaremos tan tranquilos y a salvo, disfrutando de la vida y con la satisfacción de haber cumplido nuestro objetivo y haber colaborado en los propósitos de nuestros jefes, que nunca nos olvidarán y nos tendrán atendidos y a salvo de todo y de todos.

La puerta del camarote del capitán se abrió, y apareció la cabeza de Karamazof. Los dos chinos empleados de Ling Ho y éste, y Ovorenko que habían mirado allí alertados, tensos, se tranquilizaron con la misma rapidez, y Ovorenko preguntó:

—¿Qué ocurre?

Ocurrió una cosa muy extraña: Igor Karamazof no entró en el camarote, sino que cayó dentro. Había asomado la cabeza, abiertos los ojos, pero no entró, sino cayó a plomo..., y detrás de él, rápidamente, aparecieron Marina Noborov y Cris Chieng, cada uno de ellos empuñando una pistola.

La sorpresa, el sobresalto, determinó los hechos de los tres siguientes segundos: Ovorenko lanzó una exclamación, sacó su pistola... y recibió en pleno pecho la bala disparada por Marina Naborov. Fue un impacto tremendo, que tiró al ruso al fondo del camarote, sentado en una postura grotesca y apoyado en el tabique.

Pero Marina Noborov no estaba para contemplar obras de arte

en cuestión de muertes. Velozmente, desviaba ya su pistola para disparar contra los dos chinos, que a su vez se disponían a hacerlo contra ella y Chieng.

La ventaja fue para los intrusos, totalmente: Chieng estaba ya metiéndole una bala en el corazón a uno de los chinos, y Marina disparó en el momento en que el otro chino se disponía a hacerlo; le alcanzó en la frente, y el chino, salpicando sangre espectacularmente, saltó con los pies hacia el techo, cayó sobre la destrozada cabeza, y pareció desparramarse por el piso, deshincharse.

Para entonces. Marina y Cris ya estaban apuntando a Ling Ho y la rusa preguntó, con una tranquilidad escalofriante:

—¿Y cuáles son los propósitos de tus jefes. Ling Ho?

—¿Y quiénes son esos jefes? —preguntó Cris Chieng.

—Buena pregunta. Cris —elogió Marina.

—La tuya también lo es, cariño.

—Sí —sonrió Marina Noborov— las dos preguntas son buenas, pero me parece que nuestro simpático Ling Ho no tiene deseos de responder. ¿O me estoy equivocando, Ling Ho?

El gordísimo chino se serenó de pronto, y sonrió.

—No, no se está equivocando: no responderé a sus preguntas, señorita Noborov. —¿Ni aunque le arranque los cojones a mordiscos?— dijo Chieng. —Bueno, eso lo haría yo, se entiende.

—Evidentemente, le menosprecié a usted, Chieng —dijo plácidamente Ling Ho—. Le creía muerto.

—Soy como un gato: tengo siete vidas. Un gato chino, se entiende. Y puesto que ya estoy identificado voy a quitarme estos trastos, que me están molestando.

Retiró de sus ojos las lentillas de contacto, dejando al descubierto sus azules ojos. Oyó el suspiro de resignación de Marina, y la miró extrañado.

—Me encantan los ojos azules —dijo Marina.

—Pues a mí los verdes —aseguró Chieng.

—¿Seguro? ¿Los verdes? Asegúrate bien. Cris: ¿te gustan los ojos verdes?

—Seguro, segurísimo. ¿Qué te sorprende? Si tú tienes los ojos verdes, a mí me gustan los ojos verdes.

—Luego hablaremos de nuestros ojos. Ahora creo conveniente

que sigamos conversando con nuestro anfitrión. ¿Tenemos que repetir nuestras preguntas, Ling Ho?

—No, no hace falta —sonrió el gordo.

—Hombre, muy amable... —empezó Cris.

—No es por eso: es que aunque las repitan no pienso contestarlas. Y ya puede empezar a mordirme los cojones. Chieng.

—Sea razonable —dijo Marina—. Mire. Ling Ho, en este barco disponía usted de muy pocos hombres, y en estos momentos ninguno de ellos podrá ayudarle, porque Cris y yo los hemos puesto fuera de combate de un modo u otro. Y no sólo eso sino que los prisioneros están armados ahora y esperando instrucciones nuestras. Está usted solo y a nuestra merced, la cosa no puede ser más simple.

—Los felicito a ambos.

—Gracias. Nosotros ya tenemos una idea concreta de lo que ustedes tenían pensado hacer: entre mis reflexiones y lo que hemos estado oyendo a través de la puerta después de matar a Karamazof, no hace falta que se moleste usted en grandes explicaciones. Lo sabemos todo ya, menos estos dos puntos: a) ¿cuáles son los propósitos de sus jefes?, b) ¿quiénes son sus jefes?

—Exacto y perfecto —aprobó Cris Chieng.

Se quedaron mirando ambos a Ling Ho. Éste no dijo nada no hizo nada. Es decir, sí hizo una sola cosa: apretó sus repugnantes labios, y su rostro quedó totalmente inexpresivo, como si fuese una pella de barro. Cris y Marina estuvieron esperando, no menos inexpresivos, alguna reacción del chino, hasta que Marina se cansó.

—Se está complicando la vida, Ling Ho.

Éste no contestó. Marina frunció el ceño. Luego, tras un parpadeo, se quedó mirando con desconfianza a Ling Ho. Cris se mostró más activo que la espía rusa: se acercó a Ling Ho lo agarró por la ropa del cuello, y lo arrancó del asiento.

—Escuche, imbécil —masculló—, no sólo está en nuestras manos y nadie va a poder ayudarle, sino que dentro de muy poco la CIA nos dará alcance...

—¿Cómo sabes eso? —exclamó Marina.

—Porque la avisé. Conozco a un agente de la CIA y antes de meterme en este podrido cascarón le llamé por teléfono, le dije que era Cris Chieng del Lien Lo Pou y que si querían hacer una buena caza de espías de lo más variado sólo tenían que abordar el

«Orpheo». ¿Te estás riendo?

—¡No me creo nada de lo que estás diciendo! —exclamó Marina.

—No veo por qué. No tenía grandes esperanzas de salir con vida de este barco, así que quise que la CIA interviniera: podía hacerlo con más ventajas que el Lien Lo Pou, ¿no?

—Sin duda. Eso es cierto —admitió Marina—. Pero si sabías que no ibas a salir con vida de este barco... ¿por qué te metiste en él tú solo? ¡Eso es de chiflados! —¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?— se irritó Chieng. —¡Yo quería sacarte de aquí, o convencerme de que te habían matado! Y si era así, no iba a dejar cabeza sobre hombros en este lugar... ¡Empezando por este maldito imitador de Buda!

Rabioso. Chieng se había guardado la pistola y había sacado de nuevo la navaja. Al mismo tiempo que pronunciaba la palabra Buda le asestaba a Ling Ho un tremendo navajazo en el vientre. La hoja se hundió en aquel manto de grasa con blando sonido, y al retirarla Cris brotó un chorrito de sangre.

Ling Ho había emitido un grito ahogado, tambaleándose al recibir el tremendo golpe. Retrocedió un par de pasos, como rodando. Cris Chieng no se anduvo con miramientos: le siguió, y volvió a clavarle la navaja en la gruesa cobertura de grasa. La retiró, y lo hizo de nuevo. Ling Ho no caía. Sólo iba retrocediendo, cada vez más manchado de sangre.

Chieng miró con expresión desorbitada a Marina.

—¡Es como apuñalar un neumático! —jadeó.

—Y me parece que no vas a conseguir nada por ese procedimiento —murmuró Marina—. Está claro que a Ling Ho no le asustan los cuchillos, ni le causa especial dolor una herida de esta clase.

—¡La grasa lo tiene embotado, como los cerdos!

La verde mirada de Marina regresó a Ling Ho, que permanecía de pie, aparentemente impávido, estoico, lleno de sangre. Había algo en los ojos de Ling Ho que tenía inquieta a Marina Noborov. Tan inquieta que comenzó a mirar a todos lados del camarote.

Inopinadamente, Ling Ho soltó una risita, lo cual llenó de pismo a Chieng, que exclamó:

—¿De qué se ríe ahora este imbécil?

Marina no contestó. Seguía mirando a Ling Ho fijamente. Éste

rió de nuevo, de un modo breve, irónico. Era una risa triunfal. Sí, era triunfal. Y esa risa provenía de un hombre que lo tenía todo perdido, que estaba sangrando profusamente, que sabía que lo menos malo que le aguardaba era la muerte.

La mente de Marina Noborov estaba en pleno funcionamiento. Ling Ho quería que todos los cadáveres fuesen hallados en tal estado que su identificación directa, física, fuese imposible, y se tuviera que recurrir a los pasaportes para esa identificación. Por tanto, debía asegurarse muy bien de que esos cadáveres no podrían ser identificados.

¿Cómo? Por el fuego, desde luego. Y él tenía que asegurarse el fuego. Es decir, que en alguna parte del barco había algo que provocaría tal cantidad de fuego que la destrucción de los prisioneros estaba garantizada. Sí, en alguna parte del barco había algo que al estallar lo destruiría todo, al menos, en la parte inferior, en la zona de carga inferior. Pero esa carga debía ser activada por los disparos de la falsa lancha guardacostas norteamericana, así que...

¿O podía ser activada de otro modo?

¿Podía Ling Ho activarla a su antojo, en cualquier momento? Debía ser así, debía tener un medio para hacerlo. Tenía que poder activar esa carga a su gusto... y disponer de tiempo suficiente para escapar del barco antes de que estallara.

Lanzando una exclamación. Marina se acercó a la mesa ante la cual había estado sentado el chino, y comenzó a pasar las manos por el borde. Ling Ho soltó otra risita, pero esta vez ella ni siquiera le hizo caso. Cris Chieng miraba desconcertado de uno a otra, pero, de pronto, apareció en sus ojos como un destello de luz. De pronto, lo comprendió todo: comprendió cuál era la jugada de Ling Ho, y lo que Marina estaba buscando.

Demudado el rostro, dio un paso hacia Ling Ho, y le lanzó otro navajazo, tan fuerte que lo derribó rodando hacia el extremo del camarote. Inmediatamente, se desentendió de Ling Ho, y comenzó a examinar la mesa como lo estaba haciendo Marina Noborov.

Un instante más tarde, su mirada bajó, vio la sucia alfombra desgastada, y, tras inclinarse rápidamente, la arrancó, tirándola hacia donde yacía Ling Ho con los ojos cerrados y el rostro desencajado.

—¡Está aquí! —gritó.

Se quedaron los dos mirando el sistema de detonador que había estado oculto bajo la alfombra y cerca de la pata derecha de la mesa más cercana a la posición que habían ocupado los pies de Ling Ho.

—Maldito sea —jadeó Cris—. ¡Maldito sea!

—Tenemos que salir de aquí —dijo serenamente Marina—. ¡Cris, tenemos que abandonar el barco, lanzarnos por la borda, sea como sea! ¡No sé lo que puede tardar en estallar todo esto!

—¡Pues larguémonos!

—¡Tenemos que ir a avisar a los prisioneros que quedaron abajo esperando nuestras instrucciones...!

—¡Yo haré eso! ¡Tú salta por la borda AHORA!

—No. Yo iré a...

—¡Maldita sea mi estampa, tú harás lo que yo te digo! ¡Márchate! —Cris corrió hacia la puerta, y allí se volvió, demudado—. ¡No esperes a nadie, salta tú sola cuanto antes!

Echó a correr. Marina Noborov titubeó. Miró el mecanismo que ponía en marcha el detonador, miró a Ling Ho, que parecía un montón de barro grisáceo, cerrados los ojos... De pronto. Marina echó a correr, salió al pasillo, y partió en pos de Cris Chieng que volvió la cabeza y lanzó una maldición al verlo correr tras él.

—¡No! —aulló—. ¡Tú arriba, arriba, salta por la borda!

—¡Te mentí! —gritó Marina Noborov—. ¡Estoy enamorada de ti, fue maravilloso hacer el amor contigo, y quiero repetirlo miles de veces! ¡O eso, o nos vamos los dos al fondo del mar!

—¡Estás loca!

—¡Simplemente, te quiero! ¡Y quiero que tengamos un Vladimir!

—¡Te digo que estás loca! ¡Déjate de Vladimires ahora!

Gritaban mientras corrían, siempre escaleras abajo.

Sus pisadas retumbaban fuertemente en el silencioso ámbito. A medida que descendían percibían más el trepidar de las máquinas.

—¡Eh! —gritó Chieng, cuando estuvieron en la zona inferior—. ¡Eh, amigos, salgan todos! ¡Vamos, salgan en seguida, tenemos que abandonar el barco inmediatamente sea como sea!

—Repártanse en las dos subidas —señaló Marina los dos extremos del pasillo—. ¡Y no se empujen! ¡Suban de prisa, pero con orden y sin histeria, o nos vamos a quedar todos aquí abajo para siempre!

Los ciento dos prisioneros, que habían ido apareciendo al principio con precauciones, corrían ahora hacia los extremos del pasillo, asustados, aunque manteniendo un cierto control sobre sus nervios. Algunas mujeres sollozaban, y algunos hombres maldecían. Todo eran jadeos, respiraciones agitadas, ruido de pies... Separados uno del otro durante un minuto. Cris y Marina se encontraron de pronto solos en el pasillo, mirándose uno al otro.

—¿Qué te parece? —dijo Cris—. Si alguna vez queremos estar solos en algún sitio sólo tenemos que gritar ¡sálvese quien pueda!

—¡Corre, tonto! —gritó Marina.

Salieron disparados escaleras arriba, siguiendo a los norteamericanos a tal velocidad que los alcanzaron pronto. Marina se quitó los zapatos, y gritó que las mujeres hicieran lo mismo.

Cuando aparecieron en cubierta comenzaba a ponerse el sol. Era una hermosa tarde, pero se habrían lanzado igualmente al agua, aunque hubiese sido pleno invierno. El barco, simplemente, navegaba a la deriva mar adentro, pero ya sabían todos que quedarse en él era quedarse en su tumba. Algunas personas gritaron que no sabían nadar, pero fueron arrojadas por la borda por los demás, a instancias de Cris y Marina. Ya se ayudarían luego unos a otros, pero había que abandonar el barco.

Tan obsesionados estaban con esto que nadie se fijó en la media docena de lanchas que seguían al «Orpheo». Sólo las vieron cuando se acercaron lentamente para recoger a los náufragos.

—Estamos salvados —dijo Cris, sosteniéndose en el agua junto a Marina—. ¡Podremos hacer un pequeño Vladimir Chieng!

—Lo veo y no lo creo —dijo Marina—. ¡Mira!

Señaló hacia el «Orpheo», que continuaba alejándose. Cris tenía tan buena vista como Marina, de modo que pudo ver perfectamente la oronda figura de Ling Ho rebasando la borde del carguero y cayendo hacia el mar justo en aquel momento.

—La madre que lo parió... ¡Todavía está vivo! ¿Cómo es posible?

—Tenemos que procurar que nos recoja una lancha de la CIA —dijo Marina.

Diez minutos más tarde, recogidos prácticamente todos los náufragos, la lancha que había recogido a Marina y Cris, ocupada por agentes de la CIA que escucharon atentamente a ambos,

navegaba hacia el lugar donde debían encontrar a Ling Ho. Y. en efecto, allá estaba, flotando. El chino comenzó a gritar que lo recogieran y al poco la lancha se hallaba detenida junto a él.

Chieng le tiró un salvavidas amarrado a un cabo, y se asomó, para mirarlo amablemente. Los agentes de la CIA, que ya habían aceptado sus rápidas explicaciones y su plan se mantuvieron al margen de la cuestión.

—¡Eh, Ling Ho! —saludó Cris—. ¿Me recuerda?

—Súbanme... a bordo —jadeó el chino—. ¡Ya no puedo más!

—Para que luego digan que no es bueno tener grasa —movió la cabeza Cris—. En fin, cosas veremos que no creeremos, amigo Ling Ho. ¿Ha visto qué explosión tan bonita la del barco? ¡Se hundió! Pero con sus esbirros a bordo, no con gente honrada y pacífica.

¡Qué final para tristes!

—¡Sáquenme del agua! —aulló Ling Ho—. ¡Hay tiburones por aquí!

—¿De veras? —Pareció sorprenderse Chieng—. Precisamente de eso estábamos hablando estos señores de la CIA y yo les he dicho que a lo mejor, a usted, que es tan valiente, no le importa que los tiburones le muerdan los cojones. ¡Pero le advierto que éstos tienen más dientes que yo!

—Maldito sea —jadeó y sollozó Ling Ho—. ¡Le diré lo que quiere saber, pero Sáquenme del agua!

—¿Por qué tanta prisa? Dicen que los baños de mar adelgazan, y eso le sentará bien a usted, hombre. Veamos: ¿cuáles son sus respuestas a nuestras preguntas?

—Los propósitos de los jefes... Los jefes de Ovorenko y los míos eran... acusar de criminales a los Estados Unidos, y al mismo tiempo evitar el acercamiento... entre éstos y China. Esto les interesaba a algunos políticos rusos y chinos que están... esperando su oportunidad de ocupar cargos en el poder de Rusia y China, y no quieren buenas relaciones con Estados Unidos... ¡Ya se lo he dicho!

—Pero no me ha dicho quiénes son. ¿Quiénes son?

—¡Se lo diré cuando regresemos a San Francisco!

—Nada de eso, amiguito. Me lo tiene que decir ahora... Por cierto: ¿no es aquello que diviso en lontananza una aleta de tiburón acercándose...? ¡Yo diría que sí!

—¡Tengo una carta especial, escondida en la caja alquilada en

mi banco, el First National, donde lo explico todo! —chilló—. ¡La tengo en previsión de que quisieran hacerme alguna jugarreta mis propios jefes! ¡Y tengo otra de Ovorenko explicando lo mismo respecto a sus jefes, todos los nombres...!

—O sea —reflexionó Cris— que todo lo que tenemos que hacer es ir allá, recoger esa carta, enviar los nombres de esos traidores a Rusia y a China, y que les den allí su merecido.

—¡Sí, sí, sí...!

—No se ponga nervioso, hombre. Siempre es mejor morir en paz que con un ataque de nervios. Queda feo.

Cris Chieng metió la mano derecha bajo la axila de un sorprendido agente de la CIA, le quitó la pistola, apuntó rápidamente a la cabeza de Ling Ho, y disparó.

El cadáver quedó flotando como una boya.

ESTE ES EL FINAL

El agente de la CIA, encargado de ultimar los detalles, miraba entre amable e irónico a Cris Chieng y a Marina Noborov, que, sentados juntos y frente a él en un rincón de un discreto bar, mesa por en medio, le miraban muy atentamente.

—Evidentemente —decía el enviado de la CIA—, ninguno de ustedes dos ha quedado apto para seguir prestando sus servicios a la MVD o al Lien Lo Pou, y eso ha influido mucho en nuestra decisión. También ha influido el hecho de que ciento dos norteamericanos salvaron la vida gracias a ustedes. Y no digamos el follón que se habría armado si aquellos planes llegan a convertirse en realidad. Así que... ¡buena suerte!

—¿Significa eso —murmuró Cris— que Marina y yo estamos libres, que no debemos preocuparnos por nada, que podemos quedarnos en Estados Unidos...?

—Siempre y cuando no se metan en más líos. A fin de cuentas, señor Chieng, usted es norteamericano, y Norteamérica le debe mucho.

—También a ella —murmuró Cris.

—Desde luego. En fin, les deseo felicidad y tranquilidad... ¡Ah, una cosa! Estoy intrigado por una frase de usted que ha llegado a mis oídos, señor Chieng. Según tengo entendido usted dijo algo así como que este final era para tristes... ¿Es correcta mi información?

—Bueno, más o menos —sonrió Chieng—. Aunque me parece que la información no le llegó en su exacto significado. Lo que yo quise decir es que el final era estupendo para gente triste, gente que no tendría más remedio que alegrarse al enterarse de que de cuando

en cuando ganan los buenos. Eso levanta el ánimo, ¿no le parece? Yo diría que este asunto ha sido especial para tristes, a fin de alegrarles un poco la vida.

—Es usted realmente chocante —movió la cabeza el hombre de la CIA; se puso en pie, movió de nuevo la cabeza, y sonrió—. Buena suerte.

En cuestión de segundos. Cris y Marina se encontraron solos en el rincón del acogedor bar. Durante unos segundos estuvieron silenciosos. De repente se miraron uno al otro.

Marina sonrió.

—Especial para tristes —dijo—. De verdad que eres chocante.

—Bueno, ¿qué hacemos? —Gruñó Cris.

—Pues ya que estamos en un bar podríamos tomar unas copas de champaña, y luego... buscar un lugar donde encargar esta misma tarde al pequeño Vladimir Chieng.

—Déjate de champanes —sonrió de pronto de oreja a oreja el chino de los ojos azules—. ¡Lo primero es lo primero!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...